

rodar troncos de árboles en aquellas laderas, ¿te acordarás? Pos suerte que éstos lo hacen despacio, pues yo creo que ni saben dónde queda el acelerador.

—Bueno. ¿y vos cómo sabés todo eso?

—Yo soy chofer también, y no como esos: ¡de verdá! ¡Por Dios! ¿No te acordás que yo manejaba el camión de la finca Santa Anita? Por papo renuncié para venirme a la capital a trabajar en mi oficio de zapatero, que también soy de verdá, cuando a mi mujer le nació el último guiro.

—¡Ah, la gran chucha! ¡Cómo sos vos! ¿No jüé que te beniste porque te sacaron cuando bolcaste ese camión?

—Dá lo mismo. Pero si no me he venido, ese camión hoy fuera mío. ¡Por Dios!

Sí, hoy fuera tuyo, y del diablo goces. Pero al fin, ¿no va a acabar esto nunca?... Y no me refería a este azote de las Furias, que por lo que me importa bien puede prolongarse hasta la consumación de los infiernos, sino al verme aquí condenado a aguantarles hasta la eternidad, en tanto ellos bailan sobre mi suelo. Y si yo me siento desesperado y abatido sin tener antecedentes ni heridas en mi amor propio, ¡cómo han de sufrir los infelices ladinos, humillados hoy por los que humillaban ayer! Más que razón tienen para escapar como escapan, casi a gatas o arrastrándose como lagartijas, pero felices de dejar atrás las llamas. Y ¡la envidia que me da ver pasar sobre las nubes a tantos privilegiados, libertados cual otros tantos Prometeos, mientras yo...

El retumbar de otra explosión interrumpió todo pensamiento, haciéndome saltar de la banca y sacudiendo al parque hasta en sus cimientos. Y en la vecindad subió hasta lo alto la bien conocida nube negra que ensombreció cielos y corazones, como un reto atroz a toda justicia y a toda razón que haría empalidecer a la misma Locura. ¡Oh terrorífica pesadilla! ¿Cuándo será el despertar? ¡Oh noche ártica, noche eterna, noche infernal!, ¿cuándo acabarás de pasar?... Mas, lo que pasó entonces ante mí, solos, como en entierro de pobre, fué un grupito de ladinos aún con la arrogancia de los buenos tiempos, llevando en sus manos lo que pudieron salvar de la

hecatombe, y en el pecho la sangre en ebullición que les hacía clamar:

—¡Guatemala parece!,
como se dijo en la otra Roma incendiada por Nerón. “¡Guatemala perece!”, a lo que los indios contestaban: “¡Delanda est Ladino”. El “Finis Polonia” de Kosciusko. Y dado que las señoras habían perdido toda serenidad, no podían, aunque lo hubiesen pensado, repetir a sus excelsos maridos: “Llora como mujer lo que no pudiste defender como “caballero”, a lo cual, de seguro, ellos habrían respondido: “¿Cuándo fué oír lamento igual al nuestro?”. ¡Oh “El Ultimo Suspiro del Ladino!” ¡Oh los Reyes Chicos!... Pero si no podían ellas repetir tales cosas, podían, en cambio, sobrecogerse de espanto para dar gritos de agnía y lágrimas de desesperación y de abatimiento, con lamentos y súplicas de dolorosa impotencia. Y atrás quedaba otra rica mansión o, mejor, ya no quedaba, convertida en polvo y lanzada al viento. Es la inquisición que prosigue en su labor vandálica. ¡El “Vae Victis”. The loser pays! Tormenta que desafía al Cielo y la Tierra. Este es, pudo haber sido, el suplicio que daba Fálaris a los pobres agrigentinos... Pobres ladinos que se van en baránda y tumulto, en confusión de confusiones, martilleando en sus oídos y en el alma misma, para colmo de penas, aquellas voces despiadadas de la chusma que al pasar les gritaba:

—¡Señores Pantagruélicos, que les vaya bien!...

Y algunos se suicidan, como las Pléyades, y alcanzan difícilmente el refugio de la Muerte...

Volví a sentarme. ¿Qué podía hacer yo solo contra tantos? Ellas son tres, y se llaman Tisífone, Alecto y Meguera, pero que hacen por cuarenta, armadas de serpientes y puñales, sin contar las alas; y yo, no más que un inerme y simple mortal. Moriría como Laocoonte, del que habla Virgilio.: Pero, ¿quién dice que aun sentado, sin hacer oposición ni hacer nada, no moriré lo mismo? Pues ya nadie podrá apartarme

“De los dardos, el polvo y la matanza
y de la sangre y bélico tumulto”...

¡Cuánto dolor! ¡Cuánta congoja y pena! Podía haber sido la mitad, y siempre sería terrible. De poderse reunir todas las lágrimas vertidas por los ladinos, se formaría un río mayor que el Dulce, y se llamaría Amargo; y con sus suspiros se haría un ciclón capaz de barrer todo el Caribe. Pero, ¡nada! ¡Sólo lágrimas, lágrimas y sangre, lágrimas de sangre y desesperación!... Y presiento que esta noche o mañana, las mías también irán al mismo río. Mas, ¿para qué? Pues se dijera que Dios ha cerrado a piedra y lodo las puertas del cielo, y no llegan hasta El las súplicas del hombre. ¡Callad, corazón! Vano es tu ruego y tu llanto. Apuremos más bien todo el cáliz, y entre más pronto venga el fin, mejor...

El reloj de Catedral, con su frialdad de bronce, siguió dando las horas: primero cinco lentas companadas, después seis. Eran las 18. La luz del sol se fué extinguiendo poco a poco, herido de muerte, hasta hacerse violácea, tiñendo de ensangrentados arreboles el manso e indiferente firmamento, en tanto la hecha por el hombre empezó a arder dentro de las bombillas del cristal, como rosario de lágrimas, iluminándose de pronto y sabe Dios cómo, la gigantesca fuente de húmedos colores de dicho parque, cuyas luminosas y cambiantes aguas parecían dilatarse hasta formar un puente irisado entre los aviones que siguen alejándose en la altura y yo. ¡Si por él pudiese subir a ellos!...

Mas también los indios encendieron la suya, y las grandes hogueras volvieron a surgir como fuego del Infierno, como antorchas de las Euménides. Y a su sangrienta luz se revelaban aquellos como espectros de caníbales, rojizos como entes infernales.

Y sentí hambre otra vez, y más intensa que nunca, como si la imposibilidad de satisfacerse la exasperara hasta el grado de superarse a sí misma. Y pronto, temiendo que ella continuara expandiéndose hasta límites más dolorosos aún, salí caminado con las mismas penas y las mismas dificultades hacia la misma pensionela, cuyas puertas sabía que jamás se cierran para nadie, tanto más que ya había pagado allí el pisolabis de esta noche. Es verdad que para mí existe todavía un refugio seguro, como

es el Consulado, y del cual podría hacer uso ahora mismo; pero yo siempre he criticado a los que acuden a ellos llorando apenas empieza un zafarrancho y en tanto sus bolsillos nadan en plata, como si su propósito fuera más bien salvar ésta que la vida. Yo quiero esperar hasta agotar mi dinero, o hasta cuando el mundo pueda darme por unanimidad la razón de haberme asilado; refugiado que, por otro lado, nadie podrá quitarme: lo encontraré a la hora que lo busque. ¿Estaré otra vez de temerario? No lo creo, si a la vez doy tiempo a que a dicho asilo se aligere de los muchos asilados de que debe estar lleno. Pero, ¿quién sabe?, temo que se me va a gastar el valor más de prisa que el dinero...

Al fin entré por la ancha puerta, y, ¿quién lo creyera!, la cena fué de perlas. De no haberlo visto, también lo dudara yo. Estuvo en mayor cantidad, y condimentada mejor. La razón de tal abundancia, según pude saber, era porque no vinieron hoy nuevos huéspedes, y los que ya estaban se fueron —indio menos, torta más—, haciendo que sobrara qué comer dentro de la estrechez de la fonda, lo que desde luego aproveché como era debido.

Después y al salir del comedor, era digno casero, esta vez con el aliento saturado de aguardiente, me dijo con su típica cortesía:

—Me alegro de verlo otra vez en su casa, querido amigo, y celebro que esté satisfecho: “estómago lleno, corazón feliz”, como decimos en Chipinlandia. Ahora se convence usted que no hay mal que dure cien años... Sólo me resta rogarle que me cubra el presente recibo por el día que empieza en esta hora. Únicamente diez quetzales, por ser usted viejo amigo de la casa... Muchas gracias, querido amigo. Aquí tiene su recibo...

Tras el criado que me subió las maletas alcancé el cuarto, en donde me puse a escribir estas memorias, con la doble satisfacción de sentirme solo y cómodamente sentado, siquiera por el momento. ¡Ah!, pero antes de partir el criado me dijo:

—¡Qué bueno que se haya vuelto, usted, porque sólo los turistas dan propinas aquí.

—En tiempos normales —le contesté— ciertamente que damos. Pero ahora...

Le iba a decir que ahora apenas me queda un billete; pero él me interrumpió.

—Tiene razón —dijo—. Yo tampoco le reclamara si éstos fueran tiempos normales, o si al menos el patrón me pagara más, que los cuatro quetzales que por mes siempre me ha dado, si antes no me alcanzaban, ahora menos, y dispense, señor.

Y se fué cerrando la puerta y dejándome más hondamente sumergido en el mar insondable de mis pensamientos...

Diciembre 28

Jueves

Hora: 19.00

Me levanté temprano esta mañana para no dar al caso ningún motivo que pueda servirle de pretexto para negarme otra vez el desayuno, sea éste cual fuese, no tanto ahora por el solo deseo de comer, que no tenía mucho, cuanto porque me van faltando las ganas (y el dinero) de seguir pagando comidas que no me como. Pero el desayuno resultó también satisfactorio por idéntica razón que lo fué la comida de anoche, si bien estaba lejos de ser rico, que consistió en un par de huevos fritos en aceite de ajonjolí, café negro y pan "cabin" caliente (flor de harina sin manteca). Y supongo que la posada habrá echado la casa por la ventana...

Comí despacio, sintiéndome íntimamente liviano por la soledad y el relativo silencio que reinaba en torno, encerrándome luego en mi cuarto para librarme hasta de la eventual cortesía del amo, y en donde pasé el resto de la mañana descansando de los quebrantos de mi cuerpo. Pero este descanso, sin embargo, duró poco, pues al rayar las once se me vino encima desde todo punto de vista y

desde todos los horizontes, una verdadera nube de chompipes apaleados, quiero decir de alacaídos huéspedes que estrecharon la mesa y angostaron la cama y hasta los pasillos, en los que tendieron hamacas para los que no cupieron en los limitados cuartos, resignándose algunos a dormir, como los indios, al raso. Todo, pues, se apretó, menos la bolsa del propietario, quien tiene para seguir siendo cortés.

Aquellos pobres, al llegar soltaron sus bastones, se mesaron los cabellos, se tiraron al suelo, murmuraron, gruñeron, lanzaron ayes de dolor e hicieron en general como cualquier ser humano agotado de pena y de cansancio y desesperación. Venían unos a caballo y otros a pie, empujados todos por el viento de la derrota, y soltando a su vez, siquiera las mujeres, una lluvia de llanto como en franco temporal, que los maridos, con la ayuda de su arrogancia, la vomitaban hecha verbos y suspiros que era un vendabal. Pero todos traían por igual los ojos rojos, si no por los lloros, por los desvelos, que han debido caminar tres días para llegar hasta acá. Y el corredor quedó convertido en una pista no de baile, como la de puertas afuera, sino de las dichas lágrimas y lamentaciones. De suerte que ya aquello no era pensión ni posada; ni era tampoco hospital, porque no habían médicos, ni enfermeras, ni comadronas; ni era casa de asilados, porque allí no había consuelo para nadie, ni nadie se estaba quedando por su gusto. No, aquello no era nada de eso. Aquello simplemente era el infierno, o uno de los círculos del infierno. Y hasta sus niños, en vez de jugar, risueños, se habían quedado taciturnos.

Y para mí nada podía ser peor, no por los ayes y lágrimas, que al fin y al cabo ya me voy acostumbrando a oírlos, sino porque significaba la pérdida de la comodidad que al fin había creído alcanzar y en la cual tenía su parte el estómago mismo, cuya impaciencia es bien conocida. Pero pude recordar a Virgilio: "No te arredres ante el infortunio, sino avanza a su encuentro con coraje". Y así lo hice, aunque no para vencerlo, pero sí para suavizarlo, esto es, para tratar de extraer de tal mal algo que pudiera llamarse bien, como decir, una experiencia

más. Porque sabido es que no hay males absolutos; éstos no son más que aparentes, dejándonos siempre una o más ventanitas abiertas, y, precisamente en eso es que estriba la sabiduría, en poder percibir en la oscuridad de la más negra aflicción esa ventaja o el rayito de luz que no falta en ningún caso, sin que por ello pretenda que se me tenga por sabio, que "yo ni aprendí sabiduría, ni conozco la ciencia del Santo"; lo cual con frecuencia es difícil (la percepción de ese rayito), porque nos ofuscamos en nuestro dolor y sólo enfocamos y atendemos a la parte agresiva o desagradable, al lado que juzgamos hiriente a nuestra comodidad, amor propio o vanidad, para sentarnos a llorar como la niña del cuento, si es que no embestimos cerrando los ojos, como los toros, mas terminando siempre en el plan, y en este último caso más pronto que en el primero. Pero he aquí que la modesta calma que precedió a la mórbida aglomeración en la posada me puso en disposición de apreciar ahora tal rayito de luz, que aquí tenía el valor de una lección o un conocimiento útil que de tan enojosa invasión podía extraer, observando y esculcando dentro de ella misma. Así, pues, aunque no me alegré con la llegada de ellos, sino lo contrario, dado que el almuerzo de hoy —que tomé bien temprano, antes que ellos pidieran el suyo por temor de que el pábulo se agotara, como en verdad se agotó, anticipadamente— resultó ya apenas refrigerio empecé, sin embargo a abordarlos en cuanto lo creí oportuno, emprendiendo sin darme cuenta hazaña semejante a la de Alighieri.

En primer término puede saber que eran finqueros o, mejor, ex-finqueros, y cuyas fincas perdieron por el ya conocido e irrecusable procedimiento de compra forzada. Dos de ellos eran extranjeros, y tanto éstos como los demás, que eran chapines, venían con sus respectivas familias. Los que llegaron a pie traían las piernas hinchadas por la larga jornada que habían hecho y a lo cual no estaban acostumbrados, pero negándose, no obstante, a desistir de su inicial propósito de caminar cuanto antes el otro tanto que les faltaba para alcanzar los confines del sur y darse por salvos, marcha que deben reanudar mañana. ¡Pobre gente! Son, ciertamente, dignos de compa-

sión. Estrellas caídas, restos andrajosos de viejos feudatistas, sorprendentes espectros de ricos... (Pero, de veras, ¿será esto sorprendente?)

Al primero que abordé fué al primero que se instaló en una de esas hamacas de pita. Por cierto que era el señor que parecía derramar más arrogancia que ninguno (porque en esto siguen siendo ricos), y cuyos ojos rasgados le hacían representar mayor edad de la que podía tener. Era uno de los hinchados también del cuerpo, desde los párpados a los pies, y el cual sostenía siempre en la mano un latiguillo con empuñadura de oro. Cuando hablaba, poseído como estaba de la ira, entremezclaba sus palabras con furiosos resoplidos, al par que volvía la cabeza de la extrema derecha a la extrema izquierda con incesante y seguido ritmo, y sacudiendo al viento su látigo. El aspecto y actuación, era, pues, a todas luces repelente; sin embargo, me acerqué a aconsejarle que no era prudente que continuara su marcha tan pronto, sin esperar siquiera a que sus tobillos deshincharan lo necesario. Pero él repuso:

—¡Hum! Prefiero morir en tierra extraña que vivir humillado en la propia. ¡Estos malditos indios!... Usted no los conoce. Usted no sabe. Si usted hubiera visto el modo brutal con que me quitaron mi finca allí cerca del lago de Atitlán... ¡Jamás lo olvidaré!

Yo entonces le dije:

—Ya he sido yo testigo de sus métodos de despojar. —No es lo mismo verlo que ser el despojado. Si hubiera visto a aquellos 200 bandidos, casi todos antiguos mozos míos que habían hasta nacido allí, y que, armados de dinamitas, llegaron a pedirme la propiedad a cambio de unos tantos miserables quetzales. ¡Ah, malditos!...

—Y usted, ¿qué hizo?

—Y ¿qué iba a hacer? Los eché a patadas.

—¿Y ellos?...

—Volaron las casa y se quedaron con mis cafetos, que ya estaban maduros. ¡Ah, malditos!...

—Así es como hacen. Y seguro que allí se habrán quedado bailando.

—No sé. Yo salí corriendo a través de la dehesa hasta alcanzar la carretera en Godínez.

—Y ¡pensar —observé, refiriéndome a los demás finqueros— que a tantos les ha ocurrido lo mismo!

—Sí, pero los otros aceptaron la limosna; yo no. ¡Yo soy civilizado!

Y con el látigo se azotaba nerviosamente las piernas hinchadas, como si ellas fuesen parte de los indios, dando nuevos resoplidos.

Yo me aparté en seguida porque, además de esto, su esposa —y éstas se ven más intratables que ellos— acudió a su lado con un pañuelo amargamente húmedo en las manos y diciéndole:

—¡Basta, Orión, basta! Recuerda que te hace daño hablar tanto...

Me acerqué entonces a otro de los que estaban solos, el cual resultó un poco más comunicativo que el anterior, si bien su historia, que me dió con más detalles, coincidía con la de aquél, sólo que éste recibió el dinero ofrecido, con el cual pudo comprarse un caballo y venirse más cómodo desde Patulul. Por eso sus piernas no estaban hinchadas.

Este terminó diciéndome:

—Lo más doloroso fué que no esperábamos tan aleroso asalto. Los sabíamos (a los indios) ingratos y malvados, pero incapaces de iniciativa propia, y cobardes como para huir a la sola vista de un revólver. Pero ahora llegaron feroces como lobos sedientos de venganza, sin respetar ni el arma que yo empuñaba; y la cual también me quitaron. ¡Ah salvajes!... Muchos de ellos habían nacido en la misma finca, y allí se hicieron hombres y se multiplicaron entre ellos, dándoles yo toda la asistencia que podía hasta procurarles viviendas que eran las más higiénicas de la zona. Desde luego —agregó con un gesto—. no crea que les daba camas, si ellos están acostumbrados a dormir en el suelo, ni cocinas ni servicios sanitarios, pero ni agua potable, pues ¿acaso ellos son iguales a nosotros? Cuando se ponían graves los mandaba al hospital más cercano; algunos se morían en el camino, pero esa era cosa de ellos. Si los

hubiera tratado con más consideración hoy estuviera más que arrepentido.

Yo me quedé perplejo. ¿Qué es lo que debía entender de todo eso? Me daba cuenta que mis ideas, lejos de aclarárseme, se me enturbiaban más y más, como si estuviese adentrándome en algún laberinto como el de Creta. Y comprendí igualmente que se hacía necesario seguir entrevistando a los que pudiese para ver si lograba salir a la luz y volver siquiera al punto de partida.

Como éste había cerrado los ojos, como queriendo dormirse, me pasé a otro, uno que tenía el entrecejo permanentemente apretado hasta ahondar abisalmente los pliegues de su frente. Como el primero que conocí en el restaurante de la octava avenida, éste también, ante la inminencia de la acometida indígena, había creído sortear el peligro cambiando a última hora su finca, que era una de la zona del Chuvá, por varias casas en la ciudad de Quezaltenango, sólo que con resultado tan fallido como el otro, pues, al parecer, los indios no se dejan engañar, habiéndole "comprado" al final todas las casas una por una.

Pero al preguntarle, como le pregunté al primero, si al nuevo dueño le quitarían también la dicha finca, sentí mayor desconcierto al oírle responder:

—Pues no, mire, no se la quitaron: y eso es lo más raro que yo he visto.

—Y ¿cómo puede explicarse tal cosa?

—Pues lo que más parece es que ellos no persiguen las propiedades por ellas mismas, sino que de ellas se sirven para el objeto de su venganza. Como la persona a quien yo se la vendí aún no había tenido tiempo de indisponerse con sus mozos, ya que hasta ahora lo estaban tratando, no le hicieron nada; pero arrasaron con todo lo mío, sin cuartel.

“A este propósito debo decirle —agregó— que sé de otro caso parecido, o quizá más raro que éste. Un mi amigo había puesto desde hace algunos años de administrador en su finca a un alemán que por su blando trato supo ganarse la voluntad de todos sus mozos al grado que, al presentarse ahora los dinamiteros para volar las cons-

trucciones, según acostumbran ellos al ser rechazados en sus demandas, de súbito desistieron de hacerlo, y hasta aceptaron seguir trabajando en ella como antes, si el alemán tomaba dicha finca como propia, lo que éste aceptó desde luego. Y aquel mismo amigo me contó que el alemán le prometió en privado darle más adelante la mitad siquiera del valor de dicha finca, para que él no se arruinase del todo, lo cual fué del agrado de mi amigo. ¿Verdad que todo esto es muy raro?

Ciertamente, la cosa era bien rara, y parecía escapar a mi comprensión. Creía ver contradicciones que me confundían. ¿Cómo debía interpretar todo esto? ¿De qué lado debía estar la verdad? ¡Oh país de los Enigmas: quién fuera Edipo!... Huelga decir que mi interés por conocer tales historias iba en aumento, las cuales debía recabar antes que llegase la noche o que cayesen dormidos, que después posiblemente no los volvería a ver.

El nuevo interrogado, un inglés de cabello cano y ojos profundamente azules, me contestó largo y tendido, como satisfecho de poder echar fuera el peso de sus sentimientos.

—Sí, señor —me dijo—. A mí también me la quitaron. Pero yo no digo que sean malditos. Reconozco que la culpa fué nuestra, pues mucho les hacíamos sufrir. Justo y merecido es lo que nos ha pasado, y muy natural. ¿Qué hicimos para endulzarles las penas a esos indios en el largo tiempo de nuestro dominio? Nada, señor. Era al revés: se las aumentábamos en la medida que podíamos guiándonos por el dicho de que a un villano hay que pegarle para que nos acaricie, sin querer fijarnos en que tales caricias, si suceden, no pueden ser jamás sinceras, sino una simple máscara que al confiar en ella nos lleva por la ruta falsa. Y aquéllos, francamente, no tenían la culpa de ser villanos. Así se lo repetía a mis amigos, finqueros como yo, que debíamos ser más considerados con nuestros mozos y tratarlos mejor, porque si insistíamos en perpetuar el viejo sistema llegaríamos a perderlo todo. Pero no quisieron hacerme caso por creer que la represión era la única filosofía duradera. “El respeto basado en el temor y en la esclavitud”, decían, “es lo que mantiene a los

perros obedientes al látigo". Nunca creyeron que la cuerda, a fuer de tirar de ella, podía al fin romperse y verse entonces lo que estamos viendo ahora. Y cuando admitían que tal cosa pudiera suceder un día, solían decir: "El que vengan atrás que arree. Y ¿qué podía hacer yo solo contra tantos? ¿Cómo poder majar en hierro frío? Si tenían cabeza de pórfido, tanto, que por intentar pronunciarme a favor de éstos ya me querían llamar hasta comunista; que si Bartolomé de las Casas hubiera nacido en este tiempo, asimismo le llamarían. Después, cuando vieron la cosa seria, dijeron que todo lo que quedaba era amarrarse bien los pantalones, y, en último caso, también los zapatos para salir corriendo. Y aquí vamos todos, como usted vé.

Con el máximo interés le pregunté:

—Y ¿qué razones daban para oponerse a tratar bien a sus empleados?

Se quedó pensando un rato, y luego dijo:

—Se oponía, en primer término, la costumbre: sus actos eran ordenados según el principio que dice: "Al que se hace miel las moscas se lo comen": y para no ser comidos se hacían de hiel. Pero habían, además, otras razones más importantes, y éstas eran las económicas. La economía rural de este país, como todas sus demás economías política, social, etc., yacían en profunda crisis, de aquellas crisis de tipo irreversibles. En otras palabras, el país nunca salió de ese estado crítico, porque en él nació, creció y, al multiplicarse, se murió, como se mueren de parto las mujeres pobres. Se vivía en un círculo formado él mismo de círculos viciosos cuyo fin no podía ser otro que el que hemos presenciado.

"En el aspecto rural al que me estoy refiriendo, y que comprende el sistema de fincas en general, el círculo vicioso consistía en esto: una finca de café, demos el caso, de tres hectáreas de tierra, que en cualquier otro país que no usara tampoco maquinarias hubiera sido eficazmente explotada con 15 ó 20 hombres que equivalen a 160 horas de trabajo activo, aquí se ha requerido de 50 á 60 mozos para alcanzar un nivel de producción, y por consiguiente de trabajo-hora, un poco aproximado al de la otra

que hemos tomado como término de comparación, y aún así, ¡hacían falta brazos!, porque éstos no querían trabajar. Había que poner detrás de cada mozo otro que lo celara, y muchas veces había que poner otro para ese celador, y por último, el patrón, como celador general. De aquí la necesidad de emplear crecido número de trabajadores, y la imposibilidad de pagar buenos salarios sin el riesgo de una quiebra segura para la finca. Y aquí estaba el círculo vicioso: el trabajador, porque ganaba poco no trabajaba, y como no trabajaba no se le podía pagar mejor. ¿Se fija?

—Y ¿qué motivos tenía ese mozo para no trabajar?

—Tenía muchos, también: primero, su desafecto al ladino, que es proverbial, segundo, su pereza, que es también proverbial; y tercero, su desnutrición, que no es menos notoria; y era desnutrido porque no trabajaba para ganar y comer más, o sea mal pagados por mal productivos, y mal productivos por ser mal pagados.

Le dije entonces:

—Oí decir que nunca tuvieron ellos en gran estima al dinero.

—Así era. Y lo que podían ganar se lo “bebían” y hasta allí llegaban. El remedio no era, pues, el dinero, o sea pagar más, sino el buen trato. Este hubiera sido el verdadero remedio, aunque seguramente a muy largo plazo; pero los hombres de aquí, como le dije, no estaban para cosechar despacio, sino para cosechar ya. Además, y en parte con razón, los finqueros alegaban que sus fincas no eran centros de educación, sino de explotación, que es cosa distinta (querían referirse, sin duda, a la explotación de la tierra, no a la de los mozos). Pero esto era lo que hacía falta en el país: centros educacionales, no al modo de las escuelas corrientes, ni al modo de los maestros corrientes, ya que nuestro pueblo no ha sido un pueblo corriente; sino centros o, mejor, colonias que tuviesen por alumnos no solamente a los hijos de los indios, sino también a sus padres y abuelos y a la familia entera; colonias en las que, al par que enseñasen el amor al trabajo y a las letras, se les diera una completa alimentación, como hacemos en los centros de engorde para el

ganado, hasta hacer de cada individuo un eficiente trabajador. Entonces a aquella finca le bastaría 15 de éstos en vez del medio centenar de los otros, con lo que podría hasta pagar triple sueldo a cada uno, sin dejar de ser económico para ella. Claro que esas colonias no las podríamos pagar nosotros, pero sí el gobierno que puede y debe. En los últimos años habían grandes superávits al final de cada período fiscal. Sumas fuertes de millones que derrochaban intensificando y perfeccionando la burocracia, es decir, en introducir más y más el puñal en el pecho de la patria. Era tal esa burocracia, que oficialmente se dijo que habían más de 20 mil empleados supernumerarios en los distintos "burós", lo que representaba la suma de dos millones y medio de quetzales en salarios anuales. Si aquellos superávits hubiesen sido invertidos en colonias de esta clase, hoy otro gallo nos cantara. Ahora ya todo es tarde. Apenas si hemos tenido tiempo de amarrarnos los zapatos, y sin que nos haya quedado ni el triste consuelo de haber vendido caras nuestras vidas...

Y sus ojos adquirieron una expresión de profunda pena, como en acto de profunda contrición.

Yo le pregunté otra vez:

—Pero si usted creía que todos hacían mal en tratar así a sus mozos...

—¡Ah!, sí —me interrumpió—. Muy mal hacían.

—¿Por qué, entonces, no siguió usted por su propia cuenta aquella conducta que más justa le parecía?

—Es verdad. Yo debí haber obrado conforme a mis sentimientos, sin hacer caso de los demás y aunque los demás se hubiesen reído de mí, puesto que sólo yo demostraba tener iniciativa propia. Corrijo: ellos también tenían iniciativa, pero no de las edificadoras. Pero pensé que, el intentarlo yo solo era como subirme a un cerro para detener una tempestad; y preferí dejarme llevar por la corriente. A mi conciencia la acallaba diciéndome que los obligados eran ellos, por ser ellos del pueblo, que si ellos no lo hacían, allá ellos; olvidándome que el sentimiento de humanidad no reconoce fronteras, y que yo estaba tan obligado como ellos mismos. Yo debí, pues, haber empezado con mi parte, y aportado mi grano de arena. ¿Por qué

no lo hice? Quizá porque no sentía muy hondo eso que pensaba, y pudo más mi propio egoísmo que me impulsaba a pensar sólo en mis hijos, a los que quería dejarles un porvenir asegurado. ¡Qué equivocación más grande! Si no puede haber porvenir seguro sin un presente basado en la roca. ¿Cómo asegurar el eslabón de mañana, si la cadena viene rompiéndose desde ayer? ¡Necio de mí! El porvenir que les queda ahora es el peor de todos, porque se han quedado sin nada; sin tesoros y hasta sin el buen ejemplo. (Sus ojos se humedecieron.) ¡Pobres hijos míos! ¡Pobres hijos! ¡Pobres!...

Cerró los ojos, e hizo una breve pausa. En sus manos, que había entrelazado, noté un ligero temblor. Como hablando consigo mismo, continuó después:

—¡Necio de mí! Egoísmo estúpido, que me llevó a seguir calentando mi hogar con el leño de sus cuerpos, y aumentando mis caudales con sus propias cenizas. Hoy sólo me queda la mancha de sangre de lady Macbeth. ¡Mejor nos hubieran pasado a todos a cuchillo!...

—¿De qué se lamenta usted? —interrumpió un finquero chapín de la misma edad y amigo suyo—. Yo si de algo me arrepiento es de no haber acabado con ellos cuando se podía, pues a las serpientes se las mata en el mero nido. Déjese de seguir pensando así, que se va a volver loco, y amárrese mejor la cuerda de sus zapatos.

Aquél se quedó inmóvil, sin abrir los ojos y sin decir nada.

¡Qué enredo! Todo esto era un lío inescrutable para mí. ¿Habría sido realmente otra cosa, como decía el inglés, si han puesto en práctica lo que podríamos llamar su "Nuevo Trato"? Pero, ¿no dijo él mismo que este pueblo es distinto a los demás? ¿Entonces...? Pero el tiempo es oro. Un poquito más, y el día acaba. Y con la mirada busqué a quien seguir entrevistando para encontrar la llave perdida.

A pocos pasos descansaba un hombre de color, y la cara de indio, o sea del tipo de los caribes que había visto bailando en las calles; estaba en compañía de otro alto y flaco y con menos trazas de caribe que el primero, ocupados ambos en vaciar una taza de café. En oposi-

ción a los anteriores, éstos nada tenían de respetables; pero yo necesitaba seguir escuchando historias, y me les acerqué preguntándoles:

—Dispensen, señores: ¿ustedes también son finqueros?

El hombre alto y flaco se rió, el primero que veía reírse en aquel lúgubre recinto, y el negro tomó la palabra:

—No, señor. Yo era alcalde, el alcalde de un puerto, y éste —señalando al flaco— era mi secretario. Los dos, aprovechándonos del puesto, nos dedicábamos al contrabando, trayendo una variedad de cosas del país vecino y vendiéndolas aquí a buen precio. (Y volviéndose al flaco, le dijo): Ahora podemos contarle todo, ¿qué decís vos?

—Dále viaje —contestó el otro—. Ya nada podemos perder.

Yo pregunté al negro:

—¿Dice usted que para eso se aprovechaba del puesto? Y ¿cómo hizo para que el gobierno central no se enterara?

—Era en los tiempos iniciales de la democracia, cuando se juzgaba que todo podía hacerse, incluso vender y comprar honras ajenas, y además, aquello lo hacíamos en complicidad con el gobernador departamental, que, para nuestro consuelo, anda ahora del mismo modo que nosotros.

—Pero no crea que es por eso que andamos huyendo ahora —explicó el secretario—, que esa nuestra alcaldía hace ya rato que pasó; sino por el modo como la explotábamos, apropiándonos de las multas que en nombre de la ley aplicábamos a delincuentes y no delincuentes, en nuestro Juzgado de Paz.

Y sacudió otra vez su taza al reírse, pareciendo gozar con sus recuerdos.

Sin salir de mi asombro, indagué:

—¿Y también multaban a los indios?

—Bien. A indios y negros y blancos. A todo el que se nos ponía por delante, unas veces legalmente y otras a base de acusaciones calumniosas.

—¿Debo entender que ahora son perseguidos por todos esos?

—No, sólo por los indios —dijo el negro—. ¿Quién más pude hacerlo? Ellos han recordado algunos de aquellos hechos, que no eran muchos, y ahora nos han quitado todo lo que habíamos ganado por medio de ellos.

—¿Decís vos que no eran muchos? —aclaró su cómplice—. ¿Más querías?

—Es verdad —aceptó el caribe—. Pero no pocos fueron realizados directamente por vos.

—Pero siempre te daba tu parte, ¡no fregués!

—¡Ah!, sí. Como secretario fuiste un tesoro...

Me aparté en seguida de ellos, asqueado y con náuseas, y con más deseos de abandonar mis indagaciones, pues si éstos habían resultado bandidos de aparente inocuidad, podría hallar entre los otros alguno más peligroso.

Pero al dar la vuelta distinguí, no supe cómo, a un hombrecito pegado tan literalmente a la pared del fondo, que más bien parecía una simple proyección. Era de cuerpo pequeño pero musculoso, yaciendo sentado sobre una valija y con la cabeza entre las manos. Lo de notar era que a veces medio levantaba la cara, miraba al sesgo a los más próximos a él, y pronto volvía a su primitiva posición, como deseando pasar inadvertido. Le acompañaba su mujer, antítesis del marido —tan flaca que daba la ilusión de ser alta—; la que empeñada estaba en mantener quietos a sus dos niños a fin de que no hicieran ningún ruido que pudiese atraer la atención de alguien sobre ellos.

Tan extraña conducta despertó de nuevo mi curiosidad. ¿Quién podía ser ese? ¿Un espía de los indios? No me parecía; era del todo improbable. ¿Qué, entonces?... Y heme aquí dando un rodeo entre hamacas, valijas y tanates que obstruían el paso, acercándome con el más grande de los disimulos, hasta colocarme al lado del hombre al cual, tocándole el hombro, le dije:

—Señor, ¡cómo siento la desgracia suya y la de su familia!, aunque ahora todos somos una sola familia de desgraciados...

Me miró asustado, como si lo hubiese sorprendido en alguna acción delictuosa, y, con visible desconfianza, me preguntó en voz queda:

—¿Sabe usted quién soy?

—No —le dije, empezando a temer que éste fuese el que esperaba que al fin saltaría sobre mí—. Pero supongo que también a usted le quitarían su finca.

Los ojos del otro volvieron a su normalidad, mirándome ahora con menos recelo, para contestar:

—No, a mí no fué finca lo que me quitaron, porque no tenía ninguna. Sino mi bonita casa en que habitaba, que era todo mi haber.

—¡Qué pena! —le dije, tranquilizándome yo también—. Menos mal que le fué “comprada”.

—Yo no tuve ese consuelo. A mí no me dieron ni un centavo por ella. Me la robaron cínicamente y sin tapujos esos canallas que tanto me debían.

—¿De veras? ¿Y dice usted que le debían?

—¡Y tanto!

—¿Y aún así lo despojaron? Y ¡cómo pudieron!

—Usted es extranjero, y sin duda no sabe quienes son los indios. Ellos hoy lo pueden todo, sólo que no saben hacer más que lo malo. Yo, que les ayudé en todo lo que pude, colaborando con ellos aún a riesgo de mi propia vida, ¡y así me han pagado! Con decirle que en varias ocasiones, no sólo en una, yo fuí quien los acaudillé para asaltar pueblos y fincas de sus tradicionales enemigos. Y ellos entonces me seguían como chuchos, con la esperanza de ganar tierras. ¿Usted oyó hablar de Patzicía? Allí estaba yo. Pero el asalto más exitoso fué el que hicimos a la ciudad de N hace 20 años, de cuya población no quedó ni un ladino vivo. Con quince mil indios armados de machetes y cuchillos —porque arma de fuego sólo yo tenía—, atacamos de sorpresa y acabamos con todos ellos, sin perdonar ni a los niños, porque el objeto era hacer escarmiento en los demás. Es cierto —prosiguió— que allí murió medio millar de los míos, es decir, de indios, pero el botín fué grande; más de 60 mil Quetzales, que luego repartí equitativamente entre los sobrevivientes, dándole tres a cada uno. Para ellos, usté, tres quetzales ha sido siempre un gran capital, máxime en aquellos tiempos de hambres, y que además se lo ganaron en pocas horas...

—Pero ¿usted entró con ellos? —le pregunté resistiéndome a creerlo.

—Sin duda. ¡Ese es mi mérito! No se olvide que yo era el caudillo. Y se lo digo porque usted no es de aquí. Entré a la ciudad una vez dominada la situación, siendo el primero en salir de ella al recibir informes de que se aproximaba la vanguardia del Ejército. Porque para eso sí estaban listos: se quedaron rezagados, y esos fueron los que perecieron bajo el fuego de los tanques. Usted sabe que en estos casos justo es que muera alguien, porque la sangre es la que ennoblece a toda causa, y aquí era derramada por una que no podía ser más noble. Era el precio de la reivindicación de todos. ¿Comprende usted?

Mis brazos los tenía cruzados sobre el pecho, y me pellizqué las costillas para despertarme por si estaba soñando, pues temía haberme quedado dormido como ya se habían quedado los demás. El, por su parte, ya no se cuidaba en pasar inadvertido. La evocación de sus hazañas lo entusiasman hasta hacerle olvidar sus precauciones. Pero antes de que siguiera adelante le pregunté si era de veras ladino como parecía.

—Sí, señor —protestó—. Soy puro ladino. Pero yo era muy popular entre ellos, porque siempre supe considerarlos —yo he sido siempre sentimental—, y me condolía de su esclavitud y demás privaciones en que los tenían mis compañeros ladinos, sobre todo los capitalistas como esos con quienes usted habló primero, los que a sí mismo se llamaban duques y marqueses sólo porque sus estrujadores feudos eran extensos como sus maldades, aunque no hayan sabido sacarle mayor cosa a la tierra. Ya usted se habrá hecho cargo que todo lo que yo quería era tan sólo sacar a aquéllos de su esclavitud y hacerlos hombres libres, y dueños de la tierra en que habían nacido. Hasta la última zorra, y el último cuervo, tienen cueva o nido donde refugiarse cuando son perseguidos, o donde descansar cuando están hartos. Los indios no tenían ni eso, porque ni siquiera podían hartarse. ¿Era justo tal cosa? La esclavitud podía disculparse en siglos pasados, cuando los hombres se regían por sistemas filosóficos diferentes a los actuales, en tiempos de los fanatismos, de los oscuran-

tismos y del antropofagismo, no en nuestros días en que todos los hombres son iguales. Y como yo he sido siempre idealista, como Don Quijote, quise libertarlos y reivindicarlos matando a todos los esclavistas y reaccionarios del país.

“Y ya usted los vió cómo vienen, sin feudos y sin esclavos, y esclavos ellos mismos de su pobreza en adelante, como vengo yo. Pero conmigo hicieron una injusticia sin nombre aquellos canallas. No me comprendieron. Estúpidos como son, no podían comprenderme. Quisieron olvidar los días en que los reunía pacíficamente en la capital, frente a las cortes de justicia, para obligar a los magistrados a fallar en favor de ellos mismos cuando se trataba de resolver algún conflicto obrero-patronal. Quisieron olvidar cuando luchaba a brazo partido por el aumento de sus salarios, hasta llevarlos a la mera huelga, hayan sido éstas legales o no. Quisieron olvidar, en fin, las muchas veces que expuse mi vida, como ya le conté, para hacerlos hombres libres. En una palabra, quisieron olvidarlo todo, criminalmente. Y cuando esperaba yo, como era lo justo, que ahora iba a gozar de preeminencias, prerrogativas y merecidos privilegios por mis señalados servicios que desinteresadamente presté a su causa hasta el sacrificio personal; cuando creí que hoy sería ministro, o por lo menos diputado al Congreso como ya fui una vez y con el voto de ellos mismos; cuando esperaba, pues, todo lo mejor y más grande y más alto, a más de quitarme la casa me amenazaron con darme de palos si no les desocupaba el país. ¡Esos canallas!”

—¿Lo expulsaron? Y ¿por qué?

—¿Qué sé yo? Los indios no dan nunca razones porque no razonan. Solo me dijeron que además de explotarlos había tratado de pervertirlos, lo que no es verdad sino calumnia de ellos. pues yo sólo trataba de reivindicarlos, como ya se lo probé a usted, lo cual es cosa diferente. Pero ellos no podían comprenderlo, y me echaron, ¡los muy canallas!...

Todo eso me sonaba raro e incomprensible, como si los estúpidos no fuesen los indios, sino yo; y mis pensamientos no hallaban salida por ningún lado. A veces me

parecía que había perdido el juicio, y otras creía que quien lo había perdido era este excomulgado. A lo mejor éramos los dos...

Como él guardase silencio, pregunté otra vez:

—Y ahora, ¿adónde piensa ir?

—Ignoro. Lo único que sé es que entre más tierra ponga de por medio será mejor, y que adonde vaya tendré que ocultarme, como los cristianos en la Roma de Diocleciano, bajo identidad supuesta para no ser conocido por nadie, ya que los indios hicieron pública mi participación en las actividades pasadas, y, por otro lado, supongo que sobra quien quiera verme destazado como res. Pero es así como pagan éstos: mal por bien, y esto me pasa a mí por ser bueno...

Yo seguía sin entender una palabra: seguramente mi aflicción y mis preocupaciones por los tres tiempos verbales me habían diluido el cerebro. Llegué, sí, a una conclusión, y es que aquí éstos han vivido como perros y gatos, como acertó a decir el indio apocalíptico, y que en adelante habrán de vivir como gatos y perros, aunque esto el indio no lo haya dicho.

Pero entonces pensé en otra cuestión relacionada con estos mismos, cuya respuesta, de dárme la clara, intuía que debía de servirme de clave para la buena comprensión de todo esto. Yo le pedí:

—Como buen conocedor que es usted de los indios, ¿podría decirme a quién debe hacerse responsable de los abusos que estamos sufriendo: a individuos aislados obrando personalmente y por su cuenta, o directamente al gobierno o al gobernante mismo?

El contestó:

—En tiempo de los ladinos, todos los errores se achacaban al gobierno: desde las malas carreteras hasta los malos inviernos, desde la carestía de la vida hasta la rabia de los chuchos, cuando les daba rabia. No sé si habría habido razón en ello, porque yo no soy agricultor, ni economista, ni veterinario, ni nada. No soy más que un exdiputado, vale decir un patriota, pero de los de verdad, que ha sufrido mucho hasta sacrificarlo todo, casi incluso la vida, por la superación de su patria. Pero sí creo po-

derle decir, con la seguridad que me da el perfecto conocimiento que poseo de mi pueblo, que ahora la responsabilidad es de todos los indios, porque todos ellos gobiernan. El Ejecutivo pone en ejecución las leyes del Congreso, el cual legisla sobre las iniciativas que le envía el Consejo de Ancianos, que es en esencia el verdadero gobierno. Este Consejo de Ancianos, del que antes formaba parte el actual presidente, está constituido por los Caciques o jefes de las numerosas tribus indígenas que componen el país, quienes, sin dejar de cuidar la milpa, pasan consultando intuitiva y materialmente al sol, la luna y las estrellas y todos los demás planetas, bólidos y meteoros que hay por ese lado, a lo que llaman, creo yo, Astrología, de donde sacan sus conclusiones que en su mayor parte serán después leyes para toda la República.

Su respuesta había sido clara, ciertamente; pero cuando le repuse que ya antes había oído hablar de esas cosas, es decir, de que pondrían en práctica la verdadera Astrología, añadiendo que ahora dudaba que con eso pudiesen legislar sobre todos los tópicos nacionales, su respuesta a esto me desconcertó otra vez. El dijo:

—¡Claro que es locura de ellos! Pero no importa: así se les podrá hacer responsables hasta de la rabia en sus parientes los chuchos...

Como si de pronto hubiese despertado de un sueño, miró a todas partes, con angustia y temor de que alguien más le hubiese oído y lo hubiesen reconocido. Y, para evitar que eso pudiera ocurrir, recuperó en seguida su posición agachada y disimulada, decidido a seguir pasando silencioso e inadvertido, por lo cual le dí las gracias y me retiré a mi cuarto con la mente más confundida que nunca y llena de contradicciones, como si al fin me encontrase en el corazón de Creta. Pero hasta aquí me perseguían los gritos de la calle, las marimbas y sus cohetes, que, sumado a los ayes y sollozos de las augustas señoras del pasillo que vienen hasta padeciendo de insomnio, el resultado era un menjurje exasperante, si los hay. Así, pues, la hora no es precisamente propicia para cavilar o meditar, sino más bien para salir corriendo, lo cual haría gustoso siquiera para ir en busca de un mejor alojamiento, si no

fuera por lo avanzado de la hora: son pasadas las 18. Mas, al quedarme aquí por esta noche, no es sino a condición de extremar mis precauciones y no vuelva a sufrir más pérdidas en mis bienes, aunque ya éstos no vayan siendo más que un triste montón de ropa sucia.

Diciembre 29

Viernes.

Hora: 13.00.

El día amaneció de plomo, como si el cielo, al fin, hubiese empezado a enlutarse, aunque fué un tanto pasajero, como la turbiedad de los arroyos en invierno. Pero la llovizna, que comenzó a caer desde temprano, se prolongó por toda la mañana. Y si es verdad que no fué ella capaz, a juzgar por la continuidad de la algazara, de interrumpir las orgías del Pandemonium, me obligó, en cambio, contra todo mi deseo, a quedarme en la posada hasta esta hora, en espera de que pasara. Fué una llovizna tenaz, que por su monotonía podía pasar inadvertida hasta el momento de ponerle atención, en cuyo caso se la escuchaba claramente como redoblar de tambores sobre las láminas del techo.

Sin embargo, pude ahora respirar con más alivio, porque la mayor parte de los emigrantes siguieron hoy su dolorosa fuga, si bien otros —los más, enfermos— se quedaron buscando el alivio que un día más de descanso podía darles; lo que quiere decir que si hoy viniesen nuevos prófugos, aunque no fuesen muchos, la pensión volvería a congestionarse horriblemente.

Es por esto que yo deseaba irme en seguida, pero aquella llovizna trastornó mis planes, obligándome a seguir oyendo las lamentaciones de estos desesperados que sin cesar repetían: “Ten misericordia de mí, oh Jehová, porque a ti clamo todo el día”. Y todo el día fueron sus clamores, sólo que habría que cambiar en tal frase, el nombre

de Jehová, que nunca mentaron, por el de Satanás, porque sólo maldiciones proferían. "A ti clamo todo el día, oh Satanás, porque a los indios te llesves..." Y para ahuyentar el tedio que quería invadirme y el cual resulta peor que todas las desesperaciones juntas, volví como ayer a hurgar dentro de la pena de aquellos condenados que aún permanecían en el pasillo. Esto no lo hacía ya con la esperanza de encontrar solución alguna a mi problema, convencido como estaba de que ya no podrían dárme la, ni yo la podría tomar aunque me la mostrasen, dado que no se puede razonar sobre lo raro, sino que lo hacía simplemente para matar el tiempo. Y ¡lo útil que me fueron tales indagaciones, porque gracias a ellas puedo siquiera hacerme hoy la siguiente pregunta: si la mente de los indios es la ingenua de depurar el país mediante la expulsión de los malos elementos de la ciudadanía como éstos que he conocido, ¿cómo es que pueden, por otro lado, comportarse tan crueles y desalmados ellos mismos? Pues si admitimos como justa la expulsión de estos ladinos, forzoso será admitir también como justa la de los otros, que no se están conduciendo mejor, a modo de sacarlos juntos y a la vez, a ver si en otra parte van a seguir peleando.

No fueron más que dos los señores que entrevisté. El uno era militar con grado de coronel, o, más propiamente, de teniente coronel, del ya difunto Ejército ladino (ladino porque tales eran los jefes); y el otro abogado, o, si se quiere, ex-abogado, de físico y expresiones opuestas a las de aquél. El primero era más alto que bajo y más viejo que joven, grueso y, además, morbosamente pálido, y de porte altanero, más altanero que nadie, por ser militar, o sea bulldog; el segundo era más bajo y más joven, delgado y de expresión menos agresiva dentro de la pedantería característica de ellos.

Empecé en este orden, y, al acercarme al militar, me dí cuenta que su palidez se debía en realidad a enfermedad, pero una enfermedad más grave de lo que podía esperarse, pues el corazón le caminaba irregularmente, unas veces a saltos y otras patinando, hasta parársele por ratos después de períodos de aceleramientos desbocados. Pe-

ro pese a ello se mantenía erguido, dando la apariencia de un hidrófobo que quisiera morder por última vez antes de estirar la pata. Al enterarme de ello dí un paso atrás, desistiendo, y limitándome a desearle buena suerte, aludiendo con esto a su salud y no a la suerte de hallar a quien morder. Pero él me retuvo:

—Gracias, señor. Sí, estoy muy mal. Hace tiempo que padezco de alta presión... y ahora... me siento peor.

—Debiera de quedarse más tiempo reposando y buscar los auxilios de un médico.

—¿Un médico? A mí esos no me sirven de nada. Mi fatiga me viene... del corazón... y el mal éste es sólo un síntoma... La causa de todo... la tengo en el alma. Exploté siempre a los pobres... engañé a los ricos... mancillé honras... me reía de la conciencia... falté al honor, porque así queremos todos aquí... Distribuí iniquidad en vez de justicia... sembré maldiciones en lugar de...

Calló, no porque no tuviese más lacras que externar ni más basuras que exponer, sino porque el esfuerzo de hablar lo había temporalmente agotado y trataba de recobrar energías en el silencio. Pero ¿las recobrará? Respiraba con suma dificultad, y por último cesó de respirar, habiéndose acentuado notablemente su palidez; los ojos los tenía abiertos y mirando fijamente, aunque de seguro no miraba nada, por lo menos a las cosas de este barrio, y las manos las tenía crispadas.

Me quedé mirándole sin hallar qué remedio darle ni en hechos ni en palabras. Nunca antes me había visto en situación tan embarazosa. Pero poco a poco ví que su rostro salía de su blancura cadavérica; respiró cada vez con más fuerza, parpadeó, dió algunos golpes de tos, escupió, volvió a toser hasta sudar copiosamente, y levantó al fin la cabeza. Y ante mí se irguió de nuevo el bulldog del principio para seguir tratando de morder, digo, para continuar su historia:

—¿De qué hablábamos? ¡Ah! sí. Le decía que yo era el Gobernador del departamento. Como los nuestros eran tiempos democráticos, todos hacíamos lo que queríamos, menos en mi departamento, que allí se hacía sólo lo que yo quería... (Pausa, una quinta de tos, y nueva pausa).

Recuerdo que una vez —y dicho para darle un ejemplo de mi soberanía— me llamaron con urgencia los moradores de un pueblo vecino en donde ciertos finqueros de esa zona querían matar a un hombre, a un médico, en complicidad con el indio del alcalde de ese lugar; y tuve que ir... ¡Ay! Me dió una punzada en el pecho. Tuve que ir a oír las sandeces de ese alcalde que al llegar me habló de renunciar por saberse criminal... (Una quinta de tos, y pausa). Un bellaco. Lo convencí fácilmente de que no hacía falta renunciar, con sólo recordarle que matar a un hombre ya no es delito en la Guatemala de la Revolución...

—¿Y lo mataron?

—No, no lo mataron. El doctorcito ese tuvo suerte... ¡Ay!, ¡mis pulmones!... y escapó, como yo escapé ahora de... de que los indios me mataran... Estos indios son malos... No olvidan ni perdonan... Que se aguarden... a que yo vuelva... a ser... Goberna...

Y se le fué la voz, como se le iría después también la vida. Me dió lástima. Ciertamente, ya no le quedaban alientos para seguir mordiéndolo, y tendrá que morir se con las ganas. ¡Qué se hace! Eso era lo que yo lamentaba. Y lo dejé en seguida, no fueran a echarme a mí el muerto.

(La llovizna seguía tarareando en el tejado de zinc su cantar monótono, y que más bien ahora parecía la llamada de la Muerte tocando con sus nudillos a la puerta...)

Me pasé al otro, al abogado bajo, joven y delgado que desde lejos nos había estado mirando sonriendo con malicia, pese al estado febril que acusaba. El me habló primero, diciéndome:

—Ese hombre se va a morir. Creo que ya no llega ni a mañana.

—¿Lo conoce usted?

—Y bien: somos viejos amigos. El era el Gobernador y yo el Juez de esa misma cabecera. Le oí contarle a usted la aventura de aquellos finqueros que quisieron asesinar al doctorcito ese en su propia alcoba, aliados con el alcalde del pueblo, y es verdad. Yo lo acompañé como Juez. Ese pueblo se llamaba San Miguel.

—Pues yo creí que aquél estaba delirando —le res-

pondí—, porque no podía creer que hablaba en serio. ¿Es cierto, pues?

—Ni lo dude.

—Ahora veo que también usted se está chanceando.

—¿Por qué? ¿Cree que estoy para eso?

—El dijo que el alcalde al cual defendió era indio...

—Sí, señor, y además juez de paz.

—... ¿cómo es que ahora ha escapado él de ser matado por esos mismos indios?

—¡Ah!, es que ese alcalde era de los indios que se afrentaban de serlo. Vestido de ladino, hacía con los pobres lo mismo que los verdaderos ladinos, y por eso él mismo anda ahora huyendo también. En aquel incidente, el Coronel lo defendió y libró no sólo de sus propios temores de que pudiesen destituirlo, sino, además, de la indignación de todo el pueblo que lo quería hasta linchar, porque ya ese pueblo lo había juzgado y hallado falto, olvidándose que el único capacitado para juzgar era yo.

—Entonces usted lo juzgaría.

—Ya lo creo; y la sentencia que dí en su oportunidad fué, desde luego, favorable en un todo a dicho alcalde, o sea a los asaltantes, porque además así convenía a mis intereses.

Yo no comprendí, y pregunté:

—¿Qué intereses?

—Mi conveniencia, señor. ¿Qué no sabe usted que al tratarse de impartir justicia en cualquier litigio debe uno ponerse de parte del más rico? Con el político de "cuello", como decimos aquí, o sea político de influencia, hay que hacer lo mismo, que éste no da dinero pero reparte empleos. ¿Dirá alguno que esto no es justicia? Pero ¿quién es el ingenuo que espere que hay justicia en la tierra?

—Yo soy ese ingenuo —le dije— que creo en la justicia de los hombres, porque en otros casos me la han dado.

El abogado me quedó mirando seriamente, mas después volvió a sonreír diciendo:

—No me convence. La vida es corta, amigo, y debemos llegar fuertes a la vejez; y lo único que da fortaleza es el dinero. Lo demás es papada o es locura. Dinero y di-

nero, y hacerlo pronto y como se pueda: es el objeto de la vida. Las judicaturas, por eso, son los más seguros peddaños para alcanzar la meta; aunque no es menos verdad que las sentencias o fallos son arma de dos filos. De ahí la sabia exigencia de dar siempre la justicia al influyente, la razón al potentado, en todos los casos. Sólo entonces se está seguro de haber manejado bien el arma. A esto han querido algunos llamar prevaricato. Para mí no es sino perspicacia, cálculo, política, diplomacia, previsión, sabiduría, en una palabra. Manejada así, uno no sabe ni a qué horas ha ascendido a magistrado, o a diputado, o a ministro, o a embajador... Y ya ve cómo el horizonte se va ampliando, las posibilidades aumentan, y ya nuestra cabeza se mueve en la órbita de los soles. ¡Ya el mundo es de uno! A nuestros pies quedan entonces los mortales, los pobres, los débiles por honrados, honrados por incapaces... ¡Cómo me duele la cabeza!... Tiene sus decepciones, desde luego. ¿Qué oficio no los tiene? Y aquí estoy reducido a cero, a nada, como cualquier papo, cuando ya estaba tan cerca de alcanzar el fruto. ¿Pero quién iba a adivinar que el pobre de ayer, el más débil de todos y el más miserable de siempre, vendría un día a ser el más poderoso? Y esos mismos me suspendieron la licenciatura definitivamente. Como ellos son puros, dicen que no quieren mer cenarios aquí. Lo peor fué que yo hasta me vestí de indio para ganarme su voluntad, no consiguiendo sino que me dijeran que soy indigno hasta de usar sus ridículos pantalones. Bueno, pues ahí los dejo con su pureza y todo. Yo me voy a hacer plata a otra parte. ¡Ay, mi cabeza!... Y de aquí a cinco años ya me verá usted y todos esos salvajes que allí bailan, ¡ya me verán!

Lo que ví fué el reloj, que ya eran las doce, y pedí de comer.

Al levantarme de la mesa me presentaron el recibo que debía de cancelar, pues anoche fué tanto el cúmulo de huéspedes que el ganapán olvidó cobrarme adelantado como suele. Mas al pagar dicha cuenta ví, ¡oh decepción!, que mi billetera no era más que un modesto monedero: después de haber cancelado sólo me quedaban unas tantas monedas. Había llegado, pues, el fin, y en adelante ya

no podría pagar ni estas viles posadas, por más que a partir de ahora éstas serán más baratas, según me enteré por unos grandes avisos que, obligado por la policía, el dueño ha tenido que poner en los lugares más visibles, y en los que aparece la tarifa reducida a un décimo de lo que fué hasta ahora. Pero para mí es ya demasiado tarde, y ya ni podré darme cuenta si esa policía obra en serio. Y al guardarme las monedas que me quedaban, me dije: "éste es el momento de pensar en el Consulado".

Voy, pues, ahora en pos de aquel refugio, y he dicho adiós para siempre a la posada. Menos mal que al fin el tiempo se despejó, habiendo vuelto el cielo por sus azules fueros.

Hora 21.15. En casa de doña María Rubio.

Well! Well! Post nubila Phebus. Ahora sí es verdad que los cien años de mal pasaron, aunque ya no habría resistido ni un día más, y quizá ni un minuto más, según habían aumentado mis flaquezas. Pero vuelvo a sentirme fuerte y corajudo, ya que lo fausto nos vigoriza y robustece. Dando paz al alma, ¡cómo nos sentimos de aliviados, revividos, aunque la materia siga siendo débil, flaca o enferma!, porque la medicina de aquélla lo es también de ésta. ¡Oh bendita señora; cuyo humano amparo me ha hecho renacer!

Y fué que, salido de la posada de nuevo bajo el peso de mis maletas, caminé y caminé sobre el piso húmedo y terriblemente resbaladizo, buscando la casa del Cónsul americano, pero sin resultado. ¿Habría sido, también, dinamitada? Recordaba que ella estaba en la avenida octava, pero ¿en qué lugar? ¡La avenida es tan larga!... En ésta encontré uno o dos claros, o, mejor decir, negros, que marcaban la ausencia de sendas casas o la presencia del salvajismo chapín. ¿Habría estado en uno de ellos la casa que buscaba? ¿Quién podía decírmelo? Dentro de esa canalla todos mis esfuerzos por orientarme eran vanos, y los ladinos que lograba ver pasaban con tanta prisa y congoja que daba más pena preguntarles. Callado, continuaba

a paso cada vez más lento entre máscaras de demonios y los cofrades con sus varas que eran como cetros de locura, o con sus absurdas custodias como tirsos de Baco, si es que no iban ya éstos transformados en las clásicas serpientes. ¡Sacerdotes de Marte, salios vengativos, infernales Quimeras!... Y todavía se atrevían a gritar: "¡Viva la Libertad!" ¿Qué libertad? ¿La de incendiar y matar? ¡Oh perversidad humana, para eso sois incansable!... Pero, ¿son hombres éstos? ¿No es Lucifer y su corte de arcángeles, Belial y Belcebú y Moloch y Abaddon...? Y ¿cuándo acabará esto y se llegue el suicidio?...

Al cabo de muchas fatigas y ya derrengado de cansancio, vine a verme una vez más en el parque Central en donde me senté a descansar sobre mis propias maletas por no haber ahora ningún pedazo de banca disponible. Lo que más me dolía del cuerpo eran los pies, que de buena gana me habría quitado los zapatos si no me ha detenido el temor de no poder salir corriendo si de pronto ocurría algo, que en la jungla se debe caminar precavido. Y, sentado allí, nunca me sentí más solo y más abandonado de todos, y más perdido, y olvidado, y expuesto, y sin recursos, sin amigos y en tierra extraña y hosca, entre gente ciega de furor, y armada, y poderosa. Había ocurrido lo inesperado: la desaparición del refugio que había creído tan seguro. No me quedaba ya más que recitar yo también: "Ten misericordia de mí, oh Jehová..." Pues, ¿a quién más podía acudir sino al Cielo? Y he aquí que la tarde llegaba a su fin. Sólo un milagro del cielo podía salvarme de dormir esta noche aquí en este parque, al descubierto, inerme, sin defensa, y a la inclemencia. ¡Qué lejos estaba de esperar una muelle cama, un confortable cuarto, una casita de inefable paz, y, lo que todo eso encierra: una amiga!... Y me quedé atento, mirando a todos lados, listo a aprovechar el milagro, si es que se presentaba. ¡Y el milagro se presentó! Yo mismo no lo creía posible. Pues todos podían cantar y bailar, y destruir y causar llanto, menos yo, que no contaba para nadie. Y allí podía morirme de hambre, de frío, ¡de todo! Pero ellos continuaban sus bailes del Diablo o de San Vito, bajo un cielo indiferente e imperturbable. Y me puse a mirarlos con se-

rio detenimiento, tratando de descubrir cómo es que podían aunar sus gestos alegres, sus gritos y sus risas, y aquellos hechos de implacable y odiosa venganza. Más que difícil era ajustar tales opuestos: la risa y el llanto, la danza y las ruinas, el contento y la desesperación, que se veían caminando del brazo, como acoplados, como si ya ésta fuere la otra vida, la del Infinito, en donde todas las cosas se resuelven en una, inmutable, indivisible, inconmensurable... Era como si fuesen frutos de un mismo árbol, anverso y reverso de una misma medalla, y que se comportasen al modo del mar que ríe con su espuma blanca al tiempo de abatir al navío. Querían, pues, dar la muerte entre risas, y la daban. Me vino al recuerdo las palabras del último presidente: "Sin nuestra asesoría se hundirían más pronto", hundimiento que ha empezado con harta precocidad, antes de lo que pudieron haber determinado los cálculos. Ellos bailan, y atónito el orbe observa. ¡Oh, fastidio de las chirimías que suenan como gallo-gallina, de los tambores y campanas como azotes del alma, de las implacables marimbas como aullidos de hienas, de la sonaja de los brazaletes y los collares como cadenas de Luzbel! ¡Orgía sofocante y maldita!, ¿dónde terminará, cuándo y cómo?... Y aparté la cara de ellos, asqueado y con repugnancia de seguirlos mirando con los pies metidos en el estiércol y en el odio el pensamiento. ¿Qué es esto, al fin? ¿Estoy morando en Lestrígonos o habitando en las aguas del Estigia? Pero, ¿qué más daba?...

De repente sorprendía gran desparpajo entre la horda de bacantes, y en el despejado campo aparecía un carro zigzagueando como antes si bien más aprisa, como si ya hubieran encontrado el acelerador, y agorando por ello un inminente desastre. Y así pasó una vez, cuyo crac final, acompañado de voces y gritos circenses, me hizo estremecer. Lo lastimoso es que ni en este caso ni en otros que ya había visto, les pasa nada a los pilotos, que si a veces levantan del sitio algún cadáver, es el de un peatón que abrió la boca por más tiempo que los otros, o de algún cardíaco muerto de susto. Y menos mal que al cabo éstos también son indios...

Los que acudían siempre al lugar del siniestro, como cuervos a la carroña, no eran policías o representantes de la ley como debía esperarse, ya que no hay leyes que representar, sino unos cuyo oficio es comprar allí mismo y por un bledo lo que pudo haber quedado del siniestrado carro, al que sin más mirarlo se lo llevan rodando a algún lugar lejano en donde, de dos o tres sacan uno, para empezar otra vez. Todo esto me es ahora divertido, ahora que estoy confortablemente sentado en mi cuarto, escribiendo sobre la mesita de mármol, pero no era así cuando me sabía náufrago en aquel mar de desolación y de tragedia, en aquel duelo sin tregua que se prolongaba más allá de la humana resistencia, y en el que todo, hasta la más pura risa, resultaba una injuria más.

Y ¡pensar que mi estado moral era peor que el material de esos carros vagabundos, que al menos éstos tenían quien los empujase y ayudase a caminar: yo estaba solo, abandonado al arbitrio de las Bacantes y la ferocidad de los Faunos, ferocidad buitresca que roía mis entrañas, encadenado a la roca o arrojado al Tártaro, condenado a sufrir y presenciar sus latrocinios, sus juergas y sus festines anegados en licor y aromados de explosivos, todo ello en medio de un fuego destructor que crepita con ruido que pretende ser música o canción, sabiéndome la vida en un hilo y esperando como un cervatillo el momento en que se decidan a tomarla! Ahora llegaba a comprender mejor que nunca la fatalista concepción de la vida y la muerte de los musulmanes: "Alá es grande. Algún día debemos partir todos. ¿Qué importa que esto sea esta noche, mañana o de aquí a veinte años?" Mientras, tiembla Guatemala bajo los cascos de la aborrecida bestia, asfixiada con la plaga de insaciables langostas infernales... ¡Válgame Dios! Bless me!

Y, por donde podían, aunque más escasos en número, los descomulgados continuaban escapando como cohetes en su desgraciado éxodo, arrastrando penosamente sus menguados haberes y sus multiplicadas angustias, ya cansados, los rasgos apagados, la cabeza baja, los ojos centelleantes como de enfermizos, como de espectros, como de fantasmas, tropezando igual que sus mujeres a las que

apenas aliento les quedaba para ir repitiendo por el camino: “¡Refugio de los pecadores!: ¡Rogad por nosotros!... ¡Reina de los mártires!: ¡Rogad por los difuntos!...”, derramando tantas lágrimas como gritos de triunfo los indios. ¿Lograrán su propósito de hacerse oír siquiera en el Cielo? ¿Llegarán a su destino? ¿Salvarán siquiera sus vidas, o, después de tantas penas, encontrarán el mismo fin que habrían tenido al quedarse? ¡Pobres ladinos! Al cuerpo llevan enroscado el dragón de la desesperación... ¡Pero yo no soy menos pobre! ¿Deberé ir tras de ellos y seguir compartiendo su destino, o arriesgar lo mismo quedándome como el avestruz, con la cabeza bajo estos basurales? ¿Qué hacer, Dios mío! ¡Oh terrible encrucijada! ¡Oh demencia humana!... ¡Siquiera pudiera ver a mis amigos! ¿Qué será de ellos? ¿Dónde estará don Antonio? ¿Le habrán quitado su negocio y obligado también a emigrar? Y ¿qué habrá sido de De Valois? ¿Estará todavía aquí? Mas ¿a qué pensar en él, si ya se me extravió su tarjeta en la que estaba impresa su dirección? El recuerdo de esta santa señora Rubio pasó fugaz por mi memoria; pero vivía ella tan lejos! Además, ella era mujer. ¿Qué le diría al llamar a su puerta, si es que estaba y podía abrirme?... No; tampoco debía pensar en eso. Entonces, ¿qué?... Las bacantes, con sus gritos que parecían decir: “Evohé! Evohé!, desgarraban hasta el velo del templo. Era mejor morir: “¡Dios mío, tomad mi vida!”... Pero no era Atropos quien llegaba, sino Radamanto, Eaco y Minos que seguían disputando sobre mi suerte. ¿Qué estaré ya muerto? ¡Oh felicidad si así fuera! Mas, para mi mal, seguía vivo contemplando a Tamerlán incendiar el Universo, bajo un cielo como los cerros de Ubeda.

Inverosímilmente, ellos seguían riendo de cerca y de lejos, con la boca y con los pies; y una muchacha se llega a otra y le dice, como si nada pasara:

—¿Seguirás bailando?

—Yo creo sí.

¡Pues debo estar soñando! Y esa, ¿qué hace? ¡Demonio!, si se ha recogido un tanto la falda, ha separado los pies, y, verticalmente ¡se ha puesto a orinar!... Y aquí, una detestable pareja se atrevía a hablar de amor:

—Queréme, chula. Yo tengo pisto. Madera tengo, serrucho tengo, clavo tengo...

Ella vacila:

—¿Y si después...?

—Yo no soy ixto. Yo cumplo. El palabra es palabra.

¿Tú querés? Yo quiere. Bueno, ¿entonces...?

—¿Y si después...?

—¿No te estoy diciendo pues? Me sobra, me sobra lo que tengo.

—¡Qué esperanzas!...

Su compañera que se había quedado esperándola, interviene:

—No le hagás caso a ese saca-la-jícara (adulador).

El se defiende:

—Nada te estoy diciendo a vos.

E insiste con la otra:

—¿Qué pensás?

Sacude ella la cabeza, decididamente no. El se impacienta:

—Sí, chula. No seás babosa... Si querés, y si no no.

Sonriendo se va ella con su amiga. El trapillo ese se queda solo e igual que antes. Es un estoico: nada ha perdido. Pero ¿qué mundo es éste? No: si es el Infierno de Mahoma al cual no bajó Hércules, ni Ulises, ni Teseo, y en el que le quitan a uno la piel ya quemada para darle otra nueva, no para hacerle un bien, sino para que siga sintiendo... Y yo iba sintiendo dentro de mí como una mano férrea que se cerrase en torno a mis entrañas y oprimiera más y más su garra hasta la máxima expresión... Y ellos danzan, danzan todavía y danzan siempre... ¡Cómo! ¿No pasará esto nunca? ¡En el nombre del Cielo! Ford God's sake!

Y a saltar iba y a gritar: "¡Basta ya, malditos! ¡Al infierno!", como si alguien me hubiese podido oír, siendo lo más seguro que habría acabado llorando, sino dándome contra los árboles, contra las piedras, contra el suelo, cuando una voz, respuesta celestial, me detuvo al exclamar a mi lado:

—¡Señor Johnson!

Y entonces sí salté, asustado, como lanzado por una de tales dinamitas. Y a mi primera impresión de horror

y de terror que sentí en el instante, siguió un profundo sentimiento de gratitud, y hasta de adoración, que casi me hizo llorar. El cielo mismo se había abierto frente a mí en la persona de la señora Rubio, la que me miraba no menos asustada, como si ahora viese que había hecho mal en hablarme tan de pronto. Pero ¡cómo se lo agradecí! En mi tiniebla y congoja que creía eternas había por fin surgido la aurora, si bien en ella era poco, muy poco lo que esperaba. Pero era un amiga. ¡Ya no estaba solo! En mi dolor habría una voz que sabría consolarme, siquiera una vez.

—¡Ah, señora! ¡Qué me alegra el verla!...

Y casi me desmayo a sus pies.

—¡Perdone, ingeniero! No creía asustarlo... No sabía...

—Yo soy quien le debo pedir perdón, señora —le dije volviendo a mi color natural, pues la pena que ella mostraba me hizo reaccionar más fácilmente de lo supuesto—. Yo soy quien le debo pedir perdón por haber sido la causa de que usted me pida excusas. Porque no me he asustado por usted, sino por esos indios, y esos carros, y esas marimbas, y esas explosiones infernales que me tenían ya a punto de explotar también.

—Comprendo; y usted estaba tan pálido que me dió miedo. Pero todo esto no es para menos. Imagínese cómo estaremos nosotros. —Y acabó preguntando—: ¿Y usted siempre está en el Gran Hotel?

—No. El Gran Hotel se acabó. Tal vez con los indios vuelva a ser hotel, pero Grande ya no.

—¿Entonces usted...?

—Yo me quedé en la calle por no haber hallado transporte en qué escapar. En estas calles colmadas de basuras y de toda suerte de alimañas, sin más amparo que el hipócrita de las pensiones en las que el huésped, mantenido con col y lechuga y col, es considerado como un mal necesario al cual se le da de comer sólo para evitarle una muerte por hambre demasiado pronta, y pueda seguirse cobrando mientras tanto.

—Así son. ¡Cuánto habrá usted sufrido! ¿Pero está de viaje?

Decía así por mis maletas, que unas sobre otras yacían a mi lado.

—Tal vez para el manicomio, que para volver al mundo de los hombres tengo aún que esperar quince días, ¡quince años!

Se sonrió con sonrisa triste, no de compasión, sino de inteligencia. Sonrisa que tuvo la magia de devolverme optimismo y todo, incluso juventud y entusiasmo. A buen seguro que ella había sufrido más que yo, por ser chapina, y no obstante sabía sobrellevar su pena, y hasta sonreír aunque fuese tristemente. Sentí entonces vergüenza de mí mismo, que tan pronto había aceptado mi derrota hasta quererme volver fatalista. ¡Oh pobres mortales, qué débiles somos!... Y deseoso de no seguir pensando en mí, me volví a decirle:

—Hábleme ahora de usted, de su dolor, de su pena, que debieron haber sido mayores que los míos, con todo y que éstos me pesaban tanto. ¿Cómo ha sido tratada? ¿Le hicieron algo los indios?

Teníamos a éstos por todos lados, y muchos de ellos nos miraban con toda atención, aunque ignorando yo si entendían o no lo que decíamos, y dándonos lo mismo en uno u otro caso.

Ella contestó:

—No. Personalmente no me han hecho nada, pero ya puede usted imaginarse: el golpe ha sido rudo para todos, sin que hiciera falta la bofetada. Jamás creí sobrevivir a esto... Yo he pasado encerrada en casa, y rogando a Dios por todos nosotros, incluyéndolo a usted —y volvió a sonreír—, que me imaginaba que no estaría habituado a estos peligros, y me preguntaba: ¿En dónde se habra metido? ¿Habría logrado escapar? Nunca pensé realmente que era también víctima de ellos.

—Gracias por sus piadosos recuerdos. Yo igualmente tenía por usted, pero apelaba al consuelo de creerla fuera del país. ¡Se han ido tantos!... Por lo demás, y aunque no habituado, sí es cierto que ya me había visto antes en medio de levantamientos populacheros, tanto en el extranjero como aquí mismo durante las pasadas elecciones, pero ninguno de aquéllos fueron como éste de hoy,

que es total y sistemático, llegando hasta hacer bailar las casas en el aire.

—¿Las casas en el aire? Y ¿cómo?

—Volándolas con dinamita.

—¡No me diga!

—¿No lo sabía?

—No, pero no debe sorprenderme: si era Guatemala sin mandar los indios, hoy que ellos mandan será Guatepeor. Pronto se dirá: ¿En qué lugar de América estuvo Guatemala? Porque no quedarán ni lápidas para poderse decir: "Hic jacet..." —Me quedó viendo y añadió—: Esta es la vuelta al siglo XIV, amigo mío, con el agravante que ahora tal vez ya no vendrán los Colones ni los Alvarados a someterlos de nuevo. ¿Ve usted la amarga tragedia por la que pasamos los ladinos?

—¿Los ladinos solamente? ¡Todos los que aquí estamos!

Casi sonrió para preguntar:

—¿Se acuerda que se lo dije? El mal es para todos. Y nosotros plantamos el árbol que había de dar los maderos en los que nos han crucificado.

—Es una verdad dolorosa. Pero su aparición de usted en medio de este maremagnum de indios tumultuarios fué también, sin duda, milagrosa. Me pregunto todavía cómo ser tan oportuna. El Cielo la habría mandado...

—Yo me siento feliz cuando a alguien puedo prestar un servicio. Francamente, ni yo sé cómo llegué hasta aquí. Como le dije, he pasado encerrada desde el primer día, y no fué hasta hoy que salí para saber de mamá que es vecina de aquí, pues los teléfonos no funcionan y no supe cómo me acerqué tanto a usted que pude reconocerlo.

—No sabe cuánto bien me ha hecho, señora.

—Pues me alegro. Pero hay una cosa —agregó— que no entiendo: ¿cómo es que estando en pensión, anda llevando sus valijas?

—¿En pensión? ¡Ah!, sí. —Me contuve a tiempo. Le iba a decir que estaba en la calle, sin contar ni siquiera con el consuelo de esas pensiones, pero entonces le habría inspirado lástima y para evitar ésto le confirmé su

creencia—. ¡Ah!, sí; pero de todos modos precisa andar con ellas para salvarlas de los indios, que roban hoteles con todo y equipajes, dejando ir apenas a los huéspedes. En el Gran Hotel estuve a punto de perderlas. ¡Si usted hubiera visto!

—¡Qué gracioso! —exclamó riendo—. Ahora me explico la razón de haber visto a muchos llevando las suyas.

—Tiene gracia mirándolo de lejos —dije.

—Es verdad. —Y volvió a su seriedad, y casi ensismándose, aunque era visible en ella cierta lucha, como si quisiera decir algo y le costase hacerlo.

Yo le dije:

—Ahora que he tenido el gran consuelo de verla, su noble ejemplo me servirá para seguir con más firmeza sin soltar mi cruz. Trataré de imitar su entereza y continuar nadando hasta la otra orilla. Seguro estoy que podré, gracias a usted.

Era una bravuconada de mi parte, pues en mi interior no era cierto que sintiese tal seguridad, que si alguna tenía era la de ahogarme y perecer. Temía que esta tierra, que aún no he acabado de conocer, cediera bajo mis pies al primer paso que en seguida diera. Pero no sé qué me hizo decirle eso. ¿Sería que sin darme cuenta ya había aprendido a ser héroe?

Como si hubiese adivinado esta verdad que me esforzaba en ocultar, teniendo ella además la ventaja de conocer bien el terreno que pisábamos, me dijo, resolviéndose al fin, al par que todo su ser se animaba inspirando confianza, confianza de hermana:

—No dudo que usted sabrá vencer todas estas dificultades, pero si la misma desgracia nos cobija a los dos, bien podemos llamarnos hermanos bajo ese techo. Obrando como tal, y mientras usted pueda salir del país, permítame que le ofrezca el asilo de mi casa en la que tengo almacenada buena cantidad de víveres, y en donde al menos —concluyó riendo de nuevo— sus valijas estarán seguras.

Quería decir que la aurora no solamente me traía luz, sino también calor, pan y agua. Dificilmente dominé mi impulso de saltar a su cuello y abrazarla como el que abra-

za a su tabla de salvación. Pero, ¿cómo aceptar todo eso sin faltar a las leyes de la caballeridad?

—Gracias, bondadosa señora. Le agradezco mucho, pero...

—Pero ¿qué?

¿Cómo decirle que a mis ojos no era nada lisonjero, ocupar el puesto de ella? Porque siendo yo el hombre, y sano por lo demás, debía suponerse que el fuerte soy yo, de manera que, si uno de los dos debiera dar asilo al otro, forzoso sería que ese debiera ser yo y no ella. Pero ella continuó, con admirable elocuencia:

—No debe darle pena: eso déjelo para nosotros los guatemalenses, que no pudimos en tantos siglos fundar y organizar una patria segura para todos y ahora usted, y tantos inocentes como usted, han venido a pagar por pecadores. Pues aquí estoy yo, guatemalense y a mucha honra, para librar en lo posible a una siquiera de tales víctimas de los grandes males que hoy gravitan sobre todos y debidos al pecado cometido no por ustedes, sino por mis mayores. Porque ni usted ni ningún otro van a decir: Fueron los indios, sino que dirán: Fueron los guatemalenses. ¿Ve usted la razón por qué le ofrezco mi casa? ¿Lo acepta ahora?

—¡Admirable!

—¿Admirable, qué?

—Me ha convencido, señora. Acepto el albergue de su casa, aunque no sé cómo podré agradecerérselo.

—De eso no se habla, y déjeme cumplir con mi deber de amiga, de católica y de guatemalense. Ahora vámonos, que se nos viene la noche encima y tengo que preparar la cena.

Sin esperar otra cosa se inclinó y tomó una de mis estropeadas maletas con el fin de aligerarme de su peso, desoyendo mis sinceras protestas, y diciéndome después:

—No puedo menos de aplaudir esta idea de haber caminado siempre con sus valijas, pues así no hizo falta haber ido a buscarlas hasta la pensión.

Riendo ya alegremente, le repuse:

—Todo tiene su lado bueno y malo, no hay duda, pese a lo que puedan decir mis espaldas. Estas eran parte

de mi cruz a la cual, como buen cristiano, no podía renunciar.

—¿Sí? Entonces no se sorprenda de que yo haya hecho esto, que yo también soy cristiana.

Para mí era más que cristiana: era Cristina...

Hasta donde lo permitía la muchedumbre, caminábamos de prisa, como el que tiene adónde ir y va gustoso, con la sensación por mi parte de ir flotando en una nube, aligerado como iba más que todo de mis ahora pasadas aflicciones. A veces no podía evitar el detenerme para pellizcarme la nuca o la garganta y ver si todo aquello era verdad y no simple ilusión o espejismo, temiendo me ocurriese lo que a aquel amigo que murió de repente, y que al verse luego caminando en terreno nuevo é interesante como él solo, seguía creyendo que estaba aún, en este mundo, hasta que entrándole por último la duda, toda vez que aquello en poco se parecía a lo que tenía bien conocido, quiso pellizcarse de este modo, para convencerse al fin que ni pellejos tenía. Más mi caso era distinto, y el pellizco me convencía de la realidad de todo esto, reanudando luego y feliz la marcha. Ella me miraba hacer dicha prueba pero no decía nada, pensando quizá en que me estaría arreglando el cuello o el nudo de la corbata, que ya ni parecía corbata sino otra cosa, y creyéndome sin duda un vanidoso cuando en tales circunstancias podía aún dedicarme a mi tocado. Es que las buenas como las malas nuevas, dadas así de pronto, deslumbran como un rayo de luz caído sobre los ojos estándose en la oscuridad.

Pero aquí no había tiempo de quedarse pensando. El buscar dónde poner el pie reclamaba toda nuestra atención, junto con no dejarnos arrebatar el equilibrio. De repente escuchábamos la proximidad de un carro, y pronto nos poníamos en guardia, aunque estuviésemos todavía lejos de un crucero, pues mi experiencia, que la ponía a disposición de ella, me había enseñado que ni los andenes prestan garantías en estos tiempos que para mí ya dejaron de ser heroicos. En otros casos me adelantaba para abrirle paso entre la multitud, escudándola con mi cuerpo de los enviones que se sucedían como marejadas siempre incontenibles, teniendo ella entonces que hacer uso de

la mano que le quedaba libre, y hasta de sus pies, cuyos zapatos eran más que convincentes armas para aquellos descalzos, cuando la maleta que portaba se le había quedado prendida en el cierre ajustado de los cuerpos por efecto de la ola. Ni que decir que nuestra conversación se veía reducida a casi nada, interrumpida con frecuencia por tales obstáculos, sin hablar de los gritos y de las bombas cuando estallaban muy cerca, quedándonos a media frase que reanudábamos cuando le placía al cielo, o no la reanudábamos nunca. Sin embargo, oí bien clara su respuesta que dió a un indio al gritar cerca de ella:

—¡Viva la Patria!

—Sí —le contestó—, vivirá sin ustedes.

El indio la volteó a ver, pero no dijo nada. ¿Será que éstos no comprenden ironías? Ella se volvió a decirme:

—Es el Exoteopil, Furor de todos los Diablos.

—¡La Feria de la Muerte! —dije yo.

Y seguimos adelante, porque, así y todo; avanzábamos, hasta que llegamos al fin. Hacía ya rato que los focos eléctricos se habían encendido. Habíamos rematado la jornada después de una larga e incómoda caminata, si bien yo estaba fresco, como si hasta ahora fuera a empezar a caminar; no así ella, que pude ver que jadeaba a pesar de los esfuerzos que hacía por ocultarlo; pero el llavín, que temblaba en su mano, rodó por toda la periferia antes de lograr introducirse por la cerradura. Después, la puerta osciló silenciosamente sobre sus goznes, y entramos.

Apenas atravesé el umbral, ¡cuánto alivio experimenté! Había cruzado el mar de borrascas, y me veía ya en la ribera opuesta. Respiré hondo, con toda la fuerza expansiva de mis pulmones, y con los aires de la victoria aspiré emanaciones familiares que tenía ya olvidadas, condiciones magnéticas propias del hogar, auras hogareñas que hacía tiempo había dejado de sentir; vibraciones dulces que son como arrullos para el alma y que espontáneas se desprenden de los muebles, de las cortinas y tapices, de los cuadros y hasta de las paredes, haciéndome creer que había encontrado mis lares y mis penates. ¡Oh quién fuera poeta!... Afuera, impotente ahora, rugía el popula-

cho con su furia apocalíptica, pero la puerta de la casa estaba cerrada ya, y la paz de adentro, como unción balsámica y reconfortante, me hizo decir con un suspiro: "Dios es bueno", murmurando después, con Otelo: "Si tras cada tempestad vienen tales calmas, soplen los vientos hasta que despierten a la Muerte".

Dejamos nuestros abrigos en el hall, y al salir ella del suyo descubrió su traje sastre color verde que le iba muy bien. De la nevera sacó en seguida algunos alimentos frescos y nutritivos que dejó en la mesa, y otros calentó, y luego nos sentamos a hacer honor a las viandas. Y pensé en la Navidad, la Noche Buena que no había tenido en todo el año. No era aún tarde para pensar en ella, en su dulce y beatífica paz. Y no pude menos de decírselo así al final, porque a ella se lo debía.

Ella se sonrió:

—Tiene usted razón de pensar en ella. Tampoco nosotros tuvimos Noche Buena. ¡Todas fueron tan malas!... Y mire cómo son las cosas: la última vez que nos vimos pensé invitar a mis amistades para celebrar las Pascuas juntos, y así se lo iba a comunicar a usted, pero me abstuve al ver la prisa que tenía por irse a cumplir con sus deberes. Y cuando había razón para creerlo bien distante, era cuando estábamos en realidad más cerca.

Se rió contenta, y después preguntó:

—Y a propósito, ¿en qué iré a quedar ese contrato? Muy seguro que en nada, ¿verdad?

—Lo más posible es que lo rechacen al no ser comprendido por ellos. Pudiera ser también —dije chaceándome— que hayan encontrado algún modo astrológico de aprovechar la energía de los rayos cósmicos, o la del sol y la nucleónica nuestra les salga sobrando.

—Ellos son brujos, pero no genio.

—Para dicha que prontito me iré, y cargue el diablo con... ¡Perdone, señora! Quería decir que...

—Comprendo, señor Jhonson. Ningún hombre en sus circunstancias podría desearles la gloria. Yo no lo digo, pero no le contradigo.

Hizo una pausa y prosiguió con acento tembloroso:

—Hoy todo es ruina, todo es desolación. No ha quedado piedra sobre piedra. Estos son los días negros en los anales de los hombres. En los desolados palacios deambulan hoy no las fieras de la foresta, pero sí los indios. Y ¡tan mansos que se veían!

—A los hombres no se les acaba nunca de conocer.

—Es que éstos no son hombres. Son máquinas movidas por el espíritu de la venganza, y de tan ilimitada audacia que han llegado a desafiar todas las cosas. Yo nunca había visto. La Historia Universal no será indiferente.

—Dadle poder a un hombre, y entonces sabréis quien es.

—A veces es posible predecirlo. Yo misma esperaba de estos indios algo terrible; pero lo que vino sobrepasó mis cálculos. ¡Parece mentira! Lo veo y me cuesta creerlo. Verdad es que a veces los hechos son más extraños que la ficción.

—Y yo que hablé con el presidente indio...

—¿Le habló? Y ¿qué le dijo?

—Un poco de cosas muy bonitas y deseables que hacían amar la vida, pero que luego se redujeron al polvo de los edificios derruidos. Se puede decir que de su boca sale la vida y de sus manos la muerte.

—Ya me lo figuro. Le contaría todo eso para que fuera a contarlas después a otra parte. Parece que han aprendido también a conocer el valor de la propaganda. Suerte que usted pronto descubrió el engaño.

—Ellos mismos se encargaron de desengañarme, porque también se requiere talento para ser buen mentiroso. Cuando al final tomábamos el café, le dije apenado:

—La alegría que usted me dió ha sido tanta que no me permitió interesarme antes de ahora por la suerte de los demás. Perdone que hasta hoy le pregunte cómo encontró a su mamá. ¿Está bien?

—Sí, muchas gracias. Está sin novedad.

Una nube fugaz ensombreció su frente, como si tal recuerdo la apenara, y se quedó abstraída mirando su plato. Respeté su silencio hasta que ella misma dijo:

—Tampoco sé nada de don Tono.

—Y su dirección, ¿la conoce?

—Un día me dijo donde tiene su fábrica, pero lo olvidé.

Y después se le volvió a quebrar la voz al comentar: —¡Oh, tiempos éstos! ¡Quién iba a decirlo! Al día ha sucedido la noche, y hemos quedado en espantosas tinieblas. ¡Y esto que apenas empieza! Sé que no ha de ser durable, pero mientras, ¿qué será de nosotros?..

Se puso tan triste, que temiendo verla llorar me adelanté a consolarla diciéndole:

—El vencido será feliz si después de haber llevado su lucha hasta el final, entrega con varonil serenidad al vencedor su rota espada.

Pero por no conocerla bien todavía, mis palabras fueron contraproducentes.

—¿Entregarla? Usted no sabe que si aún me quedara el cabo de la espada, con él seguiría luchando. Pero es el caso que he perdido hasta los pedazos.

Sorprendía su animosidad, pero más convenía hacerle cambiar el curso de sus pensamientos, a cuyo fin exclamé riendo:

—La vita e sempre l'altra riva!

—¿Por qué dice: la vita? ¡La gioia! ¡La alegría está siempre en la rivera opuesta! Aunque tal vez tenga razón al decir así —concluyó—, pues la alegría es la misma vida.

Y sonrió al fin.

Concluida la cena, se excusó por un momento y se dirigió hacia el cuarto que me iba a deparar; luego volvió y seguimos charlando un tiempo más hasta que finalmente nos separamos con un entusiasta Buenas Noches, viniéndome directamente a recoger a esta mi alcoba, que es pequeña como lo es toda la casa, pero no por eso menos confortable y alentadora. Parva domus magna quies.

Y por primera vez pude poner en orden el ajado contenido de mis deslucidas maletas, sacando de ellas la ropa usada que en espantable promiscuidad estaba con la limpia, y dejando aquélla en uno de los rincones.

Luego vertí en mi diario este caudal de impresiones y emociones tristes y alegres, habiendo estas últimas bro-

tado de mi memoria con el más hondo agradecimiento hacia esta noble señora que, cual otra Beatriz Portinari, me sustrajo del Infierno indio.

A mis manos llegó al fin el hilo de Ariadna. ¡Oh, bendita institución de las muchachas guías!

Diciembre 30.

Sábado.

Hora: 11.00.

Aunque me desperté con la aurora, no sin pesar me levanté a las ocho. La tranquilidad y sosiego que reinan en esta casa me invitaban si no a seguir durmiendo, al menos a seguir dormitando y hasta a soñar despierto, amén de hacerme recordar los versos de Fray Luis de León: “¡Qué descansada vida —la del que huye del mundanal ruido”... máxime si tenemos un ángel tutelar que levanta con sus cuidados una cortina entre aquél y yo. Todo esto quiere decir que habría quedado más tiempo en la cama de haber estado en un hotel, pero aquí antes debo averiguar cuáles son las costumbres de la casa, a fin de adaptarme a ellas y no violarlas.

En el hall me esperaba la señora metida en elegante negligée, para invitarme al desayuno, por ser ésta la hora en que suele desayunarse de ordinario, de modo que había llegado con oportunidad y sin más demora nos sentamos a la mesa. Fué entonces que me contó que había adoptado la costumbre de mantener encendido el aparato electrónico por todo el día, no para divertirse con su música, que ella, a la verdad, no está para eso, sino para evitar que los indios la “diviertan” con la suya, neutralizando con el sonido de aquél el insolente de esas marimbas que desvergonzadamente se cuele y se infiltra a través de toda suerte de intersticios, ranuras y rendijas que logra hallar en las paredes, inundando las piezas que dan a la calle, como es el hall y su propio dormitorio, y me preguntó si yo era de su mismo parecer. Yo le repuse que esa

idea no sólo se la aceptaba, sino que además se la aplaudía con entusiasmo. Entonces fué a encenderlo, y pude ver que, realmente, eso era como una barricada o un infranqueable acantilado que se hubiese levantado entre el abominable bramido de ese mar de afuera y nuestra inefable y descansada vida, al extremo que los indios podían seguirse desgañitando hasta no más: nuestros oídos quedarán tranquilos.

Al levantarnos de la mesa, yo mismo recogí los platos, los puse en rimeros y, sin oír sus protestas, como ella hiciera ayer con una de mis maletas, me los llevé a la cocina en la que todo es accionado por electricidad, dejándolos sobre la máquina lavadora. Y así me dí cuenta que esa dependencia es también una perfecta "tacita de plata".

Pero al volver al comedor sonó el timbre de la puerta: alguien llamaba. Nos miramos sorprendidos. ¿Quién podía ser? ¿Será que vienen a "comprar" la casa? ¿Se le abrirá o no? Por desgracia, del timbrazo nada podía deducirse, dado que suena lo mismo con los buenos visitantes que con los indeseables.

Ella dijo, con sonrisa mezcla de temor y de ironía:

—Sólo falta que sea el "despenador"...

—¿El "despenador"? ¿Qué es eso?

Pero el timbre volvió a sonar, y ella, quedándose con la respuesta a medias, valientemente se dirigió a la puerta, si bien atendida a que ahora no estaba sola. En efecto, yo la seguí, por si iba a necesitar de auxilios. Pero cuando esperábamos ver rifles y candelas amenazantes, no apareció más que un indio que siguió de paso después de haberle entregado a ella unas hojas de papel impreso que resultó ser un diario, el primero que salía a la luz bajo el actual régimen, y el cual se llamaba "Vox Populi", la Voz del Pueblo. Estaba claro, pues, que ya habían reparado al menos la imprenta en donde éste fué impreso.

Ella, dejandocerrada la puerta, se vino preguntando:

—Es un periódico. ¿Quién lo mandaría?

—La respuesta a tal pregunta estaba allí, prendida al mismo con alfileres en una tarjeta aclaratoria que decía en buen castellano:

“Señora: En el archivo de esta Editorial hemos tenido el gusto de encontrar su nombre entre los abonados al diario que anteriormente se editaba en esta imprenta. Y siendo en estos casos nuestra norma no devolver el dinero, nos permitimos informarle que con este número empezará a recibir el diario que ahora estamos editando hasta no ser agotada la suma de su abono, debiendo entonces solicitar nueva suscripción si lo desea. Y quedamos a sus órdenes”.

Ella comentó:

—Mire qué raro! ¡Los indios con pretensiones de honrados!

—La verdad —repuse— es que aquí seguimos viendo cosas admirables.

—No es posible —corrigió—. Esto tiene otra interpretación, que debe ser la de propaganda, pues si es verdad que yo tenía pagada la suscripción por adelantado, creo que aunque no hubiese sido así siempre me habrían mandado el diario, pues el interés de ellos debe ser que leamos esa propaganda.

En aquel momento lo creí así, pero antes que pudiese contestarle me pidió que lo fuese leyendo mientras ella volvía, que aún tenía algo que hacer.

Me senté y me puse a hojearlo, aunque con cierta aprensión. Lo primero que noté era que se trataba de un diario pequeño de diez páginas, pero nítidamente impreso y escrito en tres lenguas, pues además de la sección en español, tenía otras dos en dialectos que, según me dijo ella después, eran quiché y cakchiquel, con lo que así abarcaba, a no dudar, mayor número de lectores. La primera, que es la única que yo entiendo, fué encendiendo mi interés conforme la leía, no sólo por su correcta ordenación de palabras e ideas sino también por la elegante presentación que mostraba hasta en los ilustrados anuncios y avisos comerciales. No era, pues, éste un simple periódico de información o propaganda como hay tantos, con sujeción a rígidos intereses personales o económicos de la empresa, sino, además, de arte y belleza, pese a no llevar impreso ningún símbolo, ni escudos, ni lemas por los que

ofreciesen una cosa y dieran otra. Asimismo me dí cuenta que entre aquellos avisos ya no figuraban los de aquellos charlatanes que era antes tan frecuente encontrar en la prensa, "profesores" que ofrecían "prendas personales" (horóscopos), y medios de adquirir dominio propio, o de hacerse amar, o de adivinar el número en que caerá el premio mayor de la lotería, y que en el fondo no son sino ociosos explotadores de la superstición de las masas, por lo que tales avisos debían ser el medio más fácil y eficaz de desacreditar a un diario. Cuando la señora volvió le leí los principales de estos anuncios que se destacaban por su gran tamaño, como eran los relativos a nuevos hoteles, tiendas, restaurantes, cines, etc., cuya novedad, afirmó ella, se reducía a los nombres con que los habían rebautizado, verdad que me fué fácil comprobar con el que ahora llamaban "Hotel Popular No. 1", cuya dirección correspondía a la del Gran Hotel del que fuí huésped. Igual cosa ocurría con los demás establecimientos allí anunciados, los que llevaban siempre ese mote de "Popular" seguido de un número serial. ¿Por qué les daban tales nombres? Al no podernos explicar, ella dijo:

—Es locura de los indios.

Y yo estuve de acuerdo. Después hicimos burla de algunos avisos que ofrecían al público automóviles baratos de segunda mano que "sólo habían sufrido un ligero choque".

Luego pasamos a la sección informativa, la que se reducía a noticias locales o nacionales, pero todas importantes. Empezamos por el Editorial, en el que se hacía un patético llamado a los ladinos, a los que advertía que nada tenían que temer de un régimen de paz y armonía como es el actual, originado de hechos y situaciones históricas bien conocidas y en los que no se deseaba insistir para evitar más divisiones en la familia guatemalteca. Agregaba que la misión de este régimen no es sino la de "cultivar por primera vez en nuestra historia un presente seguro, y la confianza y el amor en los corazones, que es lo que conduce a la seguridad del mañana", y hacer de Guatemala no "mi patria", sino "nuestra patria", y podamos vivir todos como hermanos, identificados en ideales, sentimientos

y objetivos, con total renunciación a los morbosos localismos regionales que hasta aquí fueron segunda naturaleza de los chapines. Como prueba de todo ello sacaba a colación las palabras del presidente el día de su inauguración (me habría gustado haberlo visto hablando con el morado en la cara) que, parafraseando a Washington, había dicho: "Sed guatemaltecos. Que no haya regionalismo ni diferencias de norte a sur, de oriente a poniente; todos dependéis el uno del otro, y debe existir una sola unión. Observad justicia y buena fe, y sed una sola nación. Y finalizaba el Editorial exhortando a su propio pueblo a volver al trabajo, "único medio de hacer patria, una patria rica y una patria para todos, en la cual no hayan más hambrientos ni más oprimidos, que éstos son —lo sabemos por propia experiencia— los que escuchan a oradores tendenciosos".

Ella, que oía con atención desde una silla inmediata, frecuentemente interrumpíame con sus comentarios, los que se sucedieron en este tenor:

—¿Cultivar amor en los corazones? ¿No querrán decir: cultivar muerte y tortura?... ¿Identificarnos con ellos en ideales? ¡Qué ilusos! ¿Acaso tenemos también dinamitas?... ¿Volver al trabajo? Y ¿cuándo los indios han trabajado?... Y note usted que han resucitado la expresión "guatemalteco" que ya teníamos en desuso, para substituir a "guatemalense", que era como decíamos todos...

Pero era más importante lo que seguía. Refería que los diplomáticos chapines en el extranjero habían presentado al ministerio del ramo la renuncia irrevocable de sus cargos, habiéndoseles rogado que se dignasen esperar en sus puestos hasta que no llegasen sus substitutos, pero sin señalar a ningún posible candidato para tales cargos.

—Tenía que ser así —comentó ella aquí—, pues ¿qué blancos querrán representar a estos indios? Y ¿con quienes irán a substituirlos? ¡Nada!, que tendrán que quedarse sin representantes en el exterior, lo cual les precipitará su caída.

Había también el reclamo y protesta de un embajador americano por los daños causados al edificio de la embajada al hacer volar los indios la casa contigua a ella.

Ei periódico informaba que se le daría justa indemnización, a la vez que encarecía a los suyos que fuesen más cuidadosos con las propiedades de inocentes. Me sorprendió que volviesen a hablar de inocentes, y que a ella hizo exclamar:

—¿Inocentes, dice? Querrán decir extranjeros. Pero si ya empiezan a distinguir entre los blancos nacionales y los de afuera, diremos que al fin van progresando...

Pero no era sino en sus páginas interiores donde estaba lo verdaderamente sensacional: los hechos de la Asamblea Constituyente.

—¿De la Asamblea Constituyente? —preguntó otra vez—. ¿No es, pues, del Congreso ordinario?

—Aquí dice: Asamblea Constituyente, le repetí.

—Pues se cambiarían el nombre.

—Seguramente —sugerí yo, que recordé lo que el presidente indio me había dicho—. Seguramente desde que fueron a las elecciones ya tendrían dispuesto constituirse en tal cosa y no en simples diputados, y se lo guardaron en secreto.

—Es posible, y ya ve usted lo malo que son los indios. Y ¿qué es lo que está haciendo esa Constituyente?

Yo le leí todo lo que allí decía, que era extenso, como que era el trabajo de toda una semana de dicha Asamblea, trabajo que había culminado en la emisión de la nueva Carta Magna para la "Primera República de Guatemala".

—¿Primera República? —preguntó alarmada—. ¿Qué es eso?

—Así dice aquí: Primera República de Guatemala.

—¡Y emitieron una nueva Constitución! ¡Pues estarán locos de remate!

De eso no había duda, pero le seguí leyendo. En primer lugar, habían adoptado un nuevo escudo o blasón nacional, en el cual quedó siempre el hermoso quetzal como símbolo de Libertad, pero los rifles y espadas que exhibía el viejo escudo fueron substituidos por la cornucopia y el arado, para significar ahora que el trabajo en un ambiente de libertad es el único que fructifica y enriquece. Y hacía una crítica, con buena lógica por cierto, de